

---

## A PROPÓSITO DE «LA LLAMADA APOSTÓLICA»

Domingo Melero

### *Introducción*

Siempre hemos pensado que había que reeditar este capítulo de «La llamada apostólica». Sin embargo, siempre lo habíamos dejado para más adelante por dos razones: Légaut mismo había intervenido en los avatares editoriales que lo habían dejado de lado y, además, no estábamos seguros de si su contenido tenía todavía interés para un número suficiente de lectores. Al final ha prevalecido nuestro objetivo, ofrecer todo Légaut, y nuestra impresión de que este texto es todavía útil porque permite, entre otras cosas, un acceso peculiar, en oblicuo, a una de las etapas decisivas de la vida de Légaut.

Explicaremos, pues, primero la historia editorial de este capítulo “cenicienta”, expondremos después nuestra hipótesis sobre las razones que tuvo Légaut para suprimirlo y solaparemos ahí –como la otra cara de una misma moneda– las razones de su interés. Dentro de este segundo apartado, propondremos asimismo alguna idea sobre el estilo y la estructura de la obra de Légaut. Y, por último, en una tercera parte, indicaremos los elementos biográficos (de la juventud y de la primera etapa adulta de Légaut) que, a nuestro entender, están tras este texto. Esta tercera parte será la principal y más extensa de este estudio.

### I

#### *Historia de algunos avatares editoriales*

«La llamada apostólica» era el capítulo penúltimo, el once, de *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (en ade-

lante, IIPAC), es decir, del tomo II de la obra capital de Légaut («*El cumplimiento humano*», en adelante, ECH), que nunca se editó completa bajo dicho título, tal como su autor la había concebido. En efecto, en 1970, por razones de precaución económica, el editor decidió separar este tomo II y publicarlo primero. Légaut aceptó esta medida y asumió el riesgo de que, si las ventas no iban bien, se quedase sin publicar el tomo I, es decir, *L'homme à la recherche de son humanité* (en adelante, por su título castellano, HBH).

La editorial Aubier decidió publicar antes la parte dedicada al cristianismo para aprovechar el tirón del primer postconcilio, cosa que, afortunadamente, sucedió, de forma que el tomo I se editó al año siguiente. En este primer ataque de precaución, Aubier calculó en parte bien, porque creyó que vendería más el tomo II, pero en parte mal porque se equivocó al temer que no se vendería el tomo I, que se vendió aún más (y todavía ahora se vende bien, independientemente del empujón que al principio le dio el tomo II, que ahora se vende peor). El efecto de esta primera precaución (que sin duda supuso una pequeña prueba para el autor) fue que se fracturó una obra unitaria. Por eso, lo primero que hay que decir es que este capítulo once de IIPAC («La llamada apostólica») hubiera sido el veinticuatro de los veinticinco que hubieran formado «El cumplimiento humano»: posición penúltima que, aunque dato externo, no deja de indicar una relevancia.

En España –cómo no– se obró conforme a lo sucedido en Francia: ambos tomos se editaron por separado pese a aparecer el mismo año, 1972. La versión, por haberse hecho de prisa, estaba plagada de errores, de modo que, años después, decidimos hacer una nueva versión cuando, a nuestra idea de editar los libros de Légaut con los que ninguna editorial española se animaba ya, incorporamos la de reeditar también los ya editados que estaban agotados y descatalogados. Habíamos comenzado nuestro proyecto de traducir los libros de Légaut con los que ninguna editorial española se animaba en 1981, con ocasión de la publicación en Francia de *Devenir soi et rechercher le sens de sa vie* (en adelante, DS). En 1987, todavía en vida de Légaut,

decidimos reeditar, además, los tres publicados y agotados: los tomos I y II de ECH y *Travail de la foi* (en adelante, TF) <sup>(1)</sup>.

¿Por qué no traducimos entero IIPAC cuando –conforme a nuestra lentitud de dromedarios de múltiples caravanas– le llegó su turno en 1999? Para responder a esta pregunta, hemos de continuar esta historia de avatares editoriales. En 1985, la casa Aubier tuvo un segundo ataque de precaución. Si en 1970 había editado primero este tomo II, dedicado al cristianismo, en 1985, no se animó a reeditarlo completo. A cambio, le propuso a Légaut una solución intermedia que comportaba tres cosas: no reeditar los siete primeros capítulos (sobre Jesús y el origen del cristianismo) sino sólo la parte final, dedicada a los temas eclesiales (relación entre religiones y cristianismo, entre autoridad y llamada, entre obediencia y fidelidad; renovación de la Cena y obra espiritual); segundo, escribir Légaut un prefacio extenso y a su aire sobre el segundo postconcilio, la restauración y la involución de aquellos años; y, tercero, para hacer un hueco a este prefacio, sacrificar un capítulo, que Légaut mismo decidió que fuese éste de «La llamada apostólica» más parte de otro <sup>(2)</sup>. El resultado fue un nuevo título, *Croire à l'église de l'avenir*.

Con esta solución, Aubier quedaba bien con Légaut pues era como si le publicase otro libro; además, con el nuevo título reforzaba los otros que todavía estaban en el mercado <sup>(3)</sup>; y, por otra parte, este nuevo libro era de una extensión y composición editorialmente correcta: no pasaba de las doscientas páginas y no era una mera reimpresión: no sólo porque Légaut había revisado todo el texto (tal

---

<sup>(1)</sup> TF se había publicado en castellano en 1975 bajo el título de "búsqueda, fracaso y plenitud" y nosotros lo volvimos a traducir y a editar, con su título original, en 1993. HRH lo habíamos editado dos años antes en colaboración con *Iglesia Viva*, y con el título, casi exacto, de *El hombre en busca de su humanidad* (HBH). Agotada esta edición, sacamos una segunda, con una traducción aún más afinada, en 2001.

<sup>(2)</sup> Además del capítulo veinticuatro, Légaut también suprimió la sección primera del capítulo anterior, "Haced esto en memoria mía", que ocupaba algo más de la mitad del mismo; texto que publicaremos en un Cuaderno próximo.

<sup>(3)</sup> Sobre todo, HBH y DS, más *Plegarias de hombre*, de 1984.

como al final tendremos ocasión de mostrar con un ejemplo <sup>(4)</sup> sino porque el prefacio añadido tenía una actualidad que podía atraer a nuevos lectores. A cambio, con este segundo ataque de precaución se agravó todavía más el corte ya consumado con el primero. Se esfumaba más todavía la unidad de la obra y desaparecía la interacción entre unos capítulos y otros. El camino del hombre (HBH) iba cada vez más por su lado. La reflexión de Légaut sobre lo sucedido entre Jesús y sus discípulos –que era el centro del libro– se dejaba aparcada. Y la parte eclesial se alejaba del itinerario del hombre y de la reflexión sobre el comienzo del cristianismo, con lo que quedaba más limitada a lo inmediato y parecía dirigirse, tan sólo, a los interesados en este tipo de asuntos internos.

Prueba de que esta solución era un nuevo título fue que, en 1988, la editorial española que optó a la edición de *Creer en la iglesia del futuro* (en adelante, CIF) no reparó en que reeditaba cuatro capítulos de un libro anterior, aunque revisados <sup>(5)</sup>. De manera que, en 1999, cuando le llegó a nuestra caravana el tiempo de abordar la reedición de IIPAC, como ya existía CIF, editamos, tan sólo, los siete capítulos sobre Jesús y el origen del cristianismo con el título de *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo* (en adelante, RPPC). Así fue como este capítulo once de IIPAC y veinticuatro de ECH quedó por ahí perdido hasta que ahora le ha tocado el turno de ofrecerlo al juicio de los lectores de los Cuadernos. Ellos dirán qué les parece. Por nuestra parte, en lo que sigue, romperemos alguna lanza a su favor a partir de nuestras pesquisas y reflexiones.

---

<sup>(4)</sup> Ver el epígrafe último sobre unos párrafos de "La obra espiritual".

<sup>(5)</sup> Puestos en contacto con dicha editorial, traducimos desinteresadamente el libro con el fin de cuidar, más allá de nuestras propias publicaciones, que el castellano de las traducciones no agravase, como en los setenta, la dificultad que de por sí ya tiene leer a Légaut. Por aquellos mismos años, hicimos lo mismo con *Meditación de un cristiano del siglo XX*, publicado por otra editorial de por aquí.

## II

*Razones de suprimir –y de rescatar– este capítulo*

¿Por qué suprimió Légaut este capítulo precisamente y por qué lo publicamos nosotros ahora de nuevo? Nuestra suposición es que Légaut debió de suprimirlo porque debió de pensar que, a raíz de los quince años transcurridos entre 1970 y 1985, tenía que revisarlo más a fondo que a los otros y no tenía tiempo para hacerlo –aparte de que lo hiciese para aligerar el nuevo título (CIF) de suerte que los otros capítulos pudieran volver a la palestra. Ahora bien, como Légaut valoraba este capítulo (tal como nos aseguró en una ocasión en que se lo preguntamos de paso, sin inquirir más sobre las razones que tuvo para escoger suprimir precisamente éste y no otro), nuestra suposición de que Légaut pensaba que este capítulo necesitaba una revisión mayor procedía y se basaba en dos razones que son las que, vistas desde otro ángulo, nos llevan a nosotros a rescatarlo y por eso son las que ahora vamos a exponer.

*Primera razón de suprimir –y de rescatar– este capítulo*

Comencemos por lo primero que debió de llevar a Légaut a escoger eliminar este capítulo. Ya su guión inicial, que reúne los encabezamientos de todos los apartados, tira un poco para atrás al ver que trata tanto de seminarios y de noviciados. ¿No es cierto? Este susto debió de ser lo primero que debió de sentir Légaut a la hora de preparar un librito cuyo título iba a apuntar hacia el futuro (CIF). En efecto, CIF no era ya el tomo II (IIPAC) en que él, antes de hablar del porvenir del cristianismo, se había tomado su tiempo y sus páginas en introducir en la intelección de su pasado. Y este capítulo, tal como estaba enfocado, ya no encajaba en el nuevo libro, ni él lo hubiera escrito igual al cabo de los años caso de mantenerlo.

En quince o veinte años (grosso modo, del 65 al 85), la situación del catolicismo en Francia y en otros países vecinos había cambiado. De manera que Légaut debió de ver que también por esto el tema de la «llamada apostólica» tenía que tratarse de otra forma. Por ejemplo

–ciñéndonos a los encabezamientos de la sección II<sup>a</sup>–, ya no era verdad (o no lo era de la misma manera que veinte años antes, cuando Légaut escribía recordando además, en el fondo, su juventud), ya no era verdad que «las vías sacerdotales o monásticas fuesen, normalmente, las primeras en presentarse al joven cristiano que quería responder plenamente a la llamada de Dios». O también era ya demasiado evidente que «los métodos de formación practicados en el seminario y en el noviciado no correspondían a las necesidades y a los medios de las generaciones modernas» como para insistir en ello.

Por otra parte además, aunque Légaut hubiese mantenido el mismo esquema, para actualizar su texto, ¿no hubiera tenido que abordar el fenómeno de las «secularizaciones», que se dio sobre todo a partir de mediados los años 60? Si nos fijamos en los encabezamientos de la V<sup>a</sup> sección, junto a los tres apartados acerca de «la crisis de vocaciones» y sus causas, y acerca de «la regresión indudable del reclutamiento», falta un tratamiento expreso sobre las secularizaciones <sup>(6)</sup>.

Por último, y puestos a revisar críticamente el capítulo, en los encabezamientos de las secciones intermedias se repiten lo suficiente algunos términos indefinidos («son raros», «son muchos», «son poco numerosos», «son pocos» o «a menudo») como para que Légaut hubiese tenido que volver a exponer aquí, de forma aplicada al caso, la «delicada emancipación» de la que ya había hablado en HBH. Exponer de nuevo aquí aquella «delicada emancipación» –que conduce a la fidelidad que va más allá de la perseverancia, y que se descubre gracias al encuentro y comunión en profundidad con un verdadero discípulo– ¿no hubiera sido, en efecto, un buen complemento de los tres encabezamientos del final del capítulo <sup>(7)</sup>?

---

<sup>(6)</sup> Aunque Légaut no aborda el tema de las secularizaciones en este capítulo, lo menciona al hablar de las "quebras" de la vocación. Légaut debió de sentir esta falta porque abordó el tema de las secularizaciones en otros textos suyos casi inmediatamente posteriores. Ver, al final de este trabajo, un Apéndice sobre las "secularizaciones" en los textos de Légaut.

<sup>(7)</sup> Los tres encabezamientos finales son: "Un cambio esencial de los semina-

Pero, en fin, tal como decíamos, las mismas razones –y estamos en la primera– que debieron de llevar a Légaut a decidir suprimir este texto porque debía revisarlo a fondo y no tenía tiempo para ello son las que, desde otro punto de vista, nos han llevado a nosotros a recuperarlo pues, pese a sus imperfecciones, continúa siendo harto interesante, como vamos a exponer ahora mediante tres consideraciones sobre su contenido.

*Tres consideraciones sobre el contenido de este capítulo. Primera consideración sobre el hilo argumental*

En un texto tan largo como éste conviene fijarse, para no perderse, en el hilo que lo subtiende y que es como un argumento con dos premisas y una conclusión.

La primera sección del capítulo es, en efecto, la premisa mayor de un único argumento o frase que subyace en el conjunto: siempre surgen discípulos porque la «llamada apostólica» no cesa de darse. Esta afirmación, aparte de ser la primera premisa del texto, es, en sí misma y dentro de la obra de Légaut, una afirmación de fe en la acción del recuerdo de Jesús, que brota en el interior de algunos hombres en cada generación, o, lo que es lo mismo, en la “contemporaneidad” de algunos con el Maestro, que

---

rios, por importante que sea, es insuficiente”, “La renovación de la Cena exige separar la función sacerdotal del carisma apostólico”, “Sólo un renacimiento místico que no sea una copia del pasado permitirá al cristianismo realizar su necesaria mutación”.

En cuanto a las afirmaciones con indefinidos de Légaut, obsérvese que no son afirmaciones de doctrina (como serían, por ejemplo: “el celibato es...” o el “celibato no es...”) sino de itinerario, es decir, empíricas o de experiencia, fruto del recuerdo y de las propias observaciones que, sin embargo, no se conforman con el número sino que concluyen: “pocos de los muchos que hay lo *son* de veras”.

Sobre la “delicada emancipación” por la que unos pocos llegan a ser de veras, ver HBH, p. 249 y 265-270. Esta “delicada emancipación” es, además, la vía de pasar de los términos indefinidos a los determinados que Légaut emplea cuando se trata de “descubrir el propio camino” (“todos los que...” o “sólo los que...”, por ejemplo).

vuelve a acontecer en todo tiempo, de modo que las fuerzas de la muerte no pueden con esta semilla (él, que era el sembrador que sabía que es bueno sembrar de paso, siempre yéndose y dejando al otro libre) (8).

En el resto de las secciones, Légaut constata que, pese a que el llamamiento se da, muchos no siguen los caminos que se ofrecen para concretarlo o se extravían si entran en ellos. De modo que «raros son» los que se encuentran a sí mismos tanto dentro del espacio que estos caminos tradicionales circunscriben como en el que dejan fuera, ambos limitados, sobre todo a la larga, a la simple moralidad de obedecer o de perseverar pese a que, al comienzo, intuían que se les llamaba a algo más.

Al final, puesto que el llamamiento sigue vivo y puesto que no se reconoce en las formas establecidas de plasmarse, la conclusión de Légaut, en los tres últimos apartados (justo tras afirmar que la renovación de la Cena es el centro de la misión de la iglesia), es que cualquier arreglo es insuficiente «a falta de una renovación fundamental de la vida espiritual» porque «hay que renovar

---

De hecho, esta «delicada emancipación» se menciona indirectamente en el siguiente párrafo del cap. veinticuatro en que Légaut habla, más clásicamente, de «delicada *ascensión*»: «Cuanto más rico es un hombre en posibilidades humanas, tanto más *delicada* es su ascensión espiritual al tiempo que también puede ser tanto más fecunda. Si no se deja arrastrar por las corrientes sociales, políticas u otras de su época, esta ascensión se dará de todas todas, pero a través de qué pruebas, después de qué deslices, tras cuántos atolladeros, bajo qué formas más singulares y atormentadas si no la facilita, más que guiarla, la presencia atenta y discreta de algunos predecesores que ya hayan recorrido una buena parte de su propio camino con una fidelidad suficiente. ¡Dichoso aquél que, porque sabe reconocerlo, encuentra a tiempo un espiritual de su misma familia de espíritu para abrirse, desde el comienzo de su vida religiosa, a la *libertad* creadora!»

(8) En DS, p. 96, Légaut habla de esta transmisión (en la que quien “ve” a un discípulo “ve” en él a Jesús) como de una «auténtica revelación en acto». ¿Acaso esta afirmación de Légaut no se corresponde, por ejemplo, con lo que se dice al final del cap. 3 de la IIª carta de san Pablo a los Corintios?



todo el apostolado cristiano» y hay «que retomar todo de nuevo desde la base» (9).

Sentir, por tanto, una “pereza” parecida a la de Légaut, no tanto de revisar y de volver a publicar sino de volver a leer sobre estos temas en apariencia algo rancios, puede ocultarnos dos cosas. Primero, que estos temas, por lo general, todavía no se ven tal como los expone Légaut. Y, segundo, que son dignos de meditación pues proceden de ese pasado todavía cercano cuyo estudio y conocimiento –tal como decía Légaut– es más útil que el del Antiguo Testamento y aun que el del Nuevo: el del Antiguo porque está muy lejos de nuestra situación actual y porque es anterior al cristianismo; y el del Nuevo porque también está muy lejos y porque temas como éstos que toca Légaut en este capítulo se interponen a la hora de leer en él los pasajes que tienen que ver con el nacimiento de la llamada al don total que inspiraba Jesús y que, según Légaut, es bueno separar de las formas habituales hasta ahora de concretarlo, formas que todavía son, para simplificar, herencia de Trento (10).

Los temas de este capítulo versan, en efecto, sobre la forma que ha prevalecido, en el catolicismo de los últimos siglos, de concretar tanto el seguimiento como las Bienaventuranzas, y que ha conformado, hasta ahora, la mentalidad predominante en el

---

(9) La primera sección del siguiente capítulo de IIPAC (“La obra espiritual”) desarrolla, en el fondo, esta idea de que “hay que retomar todo desde la base”, que incluye no rehuir ningún elemento de la condición humana, incluidos los que Légaut denomina sus “instintos fundamentales”. Légaut concibe la tarea de retomar todo desde la base en continuidad con los reformadores del siglo XVI y XVII, cuya historia leyó en Bremond y escuchó a Portal que conocía aquella época como si fuera la suya en cierto modo (Ver CIF, p. 168).

(10) Sobre la importancia que Légaut daba al estudio del pasado que todavía influye en nuestro presente, ver CD nº 15, p. 94-99. Dos estudios interesantes sobre este pasado son el de René Taveneaux sobre “El catolicismo postridentino” (en *Las Religiones constituidas en Occidente y sus contracorrientes II*, vol. 8 de la *Historia de las religiones*, dirigida por H.-Ch. Puech, Madrid-México, 1987, p. 1-110) y el de

mismo. El ejercicio de Légaut de distinguir los elementos y de concebir que incluso pueden separarse, es el camino que él propone para que cada uno pueda modelar responsablemente el suyo: aquél en el que uno debe «entrar» para que su vida alcance su sentido. Si Légaut puede proponer este ejercicio es porque, a partir de su itinerario, se sitúa –dada la urgencia de los tiempos y la mutación en ciernes que él siente– en el estado previo y fundamental: el de la llamada al «don total» que él sintió junto a M. Portal y que le separó y le llevó, poco a poco, lejos de todo lo imaginado al comienzo <sup>(1)</sup>.

Vencida, pues, esta pereza inicial, de sobras tenemos conciencia de la parsimonia de los grandes movimientos y transformaciones culturales (que son como las mutaciones biológicas o los desplazamientos de las grandes plataformas continentales) como para no aprovechar el tiempo para pensar y repensar, sin prisas (al no impedirnoslo, por ejemplo, responsabilidades organizativas apremiantes de adaptar nada para que continúe), los textos que nos ayudan a mirar e interpretar nuestro pasado y el del cristianismo, como es el caso de este capítulo de Légaut, pese a sus limitaciones.

---

Jean Delumeau, *El catolicismo de Lutero a Voltaire* (Barcelona, 1973). En este último son muy aleccionadoras las páginas acerca del estado deplorable del clero (sacerdotes y órdenes religiosas) antes de Trento, acerca de la reforma y mejora del mismo que éste impulsó (siglos XVI y XVII), así como sobre cómo varía la importancia del decrecimiento del papel del clero en la actualidad según se interprete la sucesión de las etapas del catolicismo: desde una más que discutible "leyenda" sobre la "Edad Media cristiana" hasta una también discutible "descristianización" actual. Juzgar que ésta se da o no depende de la idea que se tenga de la situación anterior; en la que los historiadores tienen mucho que decir.

<sup>(1)</sup> La "separación" existencial que conlleva el "don total", que es un modo determinado de soledad (ver el término «separante» al final del «Testimonio sobre M. Portal»), es una cosa, y la "separación" práctica que Légaut propone al final del capítulo veinticuatro es otra. Sobre la separación entre la llamada al "don total" y sus formas habituales de concretarse, ver la diferencia entre "anunciación", "vocación", "función" y "misión" en diferentes puntos del capítulo veinticuatro; entre discipulado y cualquier concreción del mismo en la sección I<sup>a</sup>; y entre "función sacerdotal" y "carisma apostólico", en la sección V<sup>a</sup>.

*Segunda consideración: cuestiones actuales*

Tras esta primera consideración, la segunda consiste en insistir en que lo que Légaut analiza en este capítulo críticamente no sólo procede del pasado más reciente sino que pertenece todavía al presente. En efecto. Las vocaciones, en cuyo contenido hay siempre inicialmente mezcla de función y de misión, y en las que con frecuencia acaba prevaleciendo la función con detrimento de lo personal y por tanto de la misión, lo cual conduce a un «fracaso relativo» que por serlo queda disimulado en una mediocridad aceptada; el hecho de que los votos sistematicen y hagan de las Bienaventuranzas más bien una ley sobreañadida que suele hacer más ascetas que discípulos, o una letra o una enumeración sociológica o un código ideológico para clasificar a la gente, más que una clave para interpretar el camino de cada uno y más que un espíritu que sólo cada uno reconoce a posteriori; el hecho de que la perpetuidad de los votos se iguale con la fidelidad conyugal o la paterna, de las que es distinta a pesar de que a confundirlas contribuyan frecuentes faltas de verdadero afinamiento, en la reflexión y en el lenguaje, tanto de los clérigos y religiosos de ambos sexos como del resto, lo cual repercute además negativamente cara a descubrir lo singular de la fidelidad a Dios; el hecho de que todavía se justifique el celibato por razón de una disponibilidad que Légaut se cuida, acertadamente, de someter a crítica; el hecho de que la separación de los estamentos clericales del resto –separación incluida en la etimología del propio término– no sea, como Légaut dice, por razón de «la calidad de la vida espiritual», que no se valora de hecho tanto en estos estamentos «profesionales» en los que fácilmente se valora más una vida intelectual sólo cerebral o afectiva y una acción activista; y el hecho, en fin, de que todo esto sea reflejo, en parte, de tendencias que proceden también de la sociedad civil, aparte de que ésta fue conformada por los siglos de preponderancia política de la institución religiosa, lo cual todavía predetermina a las organizaciones juveniles seculares dirigidas por eclesiásticos; todo esto –y más– no está tan claro, como decíamos, que sea cosa del pasado dentro del cristianismo católico.

Además de que, con las debidas transposiciones, tampoco está tan claro que todo esto sólo sea cosa del catolicismo y de la vía sacerdotal y religiosa en él, porque, como Légaut recuerda expresamente, en otras iglesias cristianas y en muchas religiones y sociedades tradicionales se dan instituciones parecidas; y no sólo en ellas sino también en una sociedad como la nuestra, teóricamente no organizada de forma religiosa (conforme a la distinción, por ejemplo, entre lo sagrado y lo profano) pero sí expuesta, en la práctica, a que el carisma y el poder se confieran y se atribuyan a unos grupos determinados de nuevos “clérigos”, “mandarines”, “bonzos”, o lo que sea (12).

*Tercera consideración: puntos especialmente importantes*

La tercera consideración a favor del interés de este capítulo es que hay en él elementos que merecen conocerse por tres razones: no están en otras páginas de su obra, muestran la forma de interpretar Légaut algunos fragmentos de los Evangelios y secundan alguna perspectiva central de su pensamiento.

Si nos fijamos en las pistas que Légaut da acerca de su lectura de los Evangelios, aparte de su alusión y comentario sobre la figura del sembrador y sobre las Bienaventuranzas ya mencionadas (13), habría que reparar también en alguna otra fina observación suya, hecha de paso: como una sobre las «maldiciones evangélicas» u otra acerca de

---

(12) Sobre el influjo de la «mentalidad *sacralizada* de un cristianismo de autoridad» Légaut hace esta observación: «Estos métodos [de los seminarios] no es que estén completamente sistematizados y endurecidos por la rutina y por la mediocridad pues, por el contrario, cada vez se intenta más adaptarlos, y a veces incluso de forma inteligente. Sin embargo, dicha adaptación sólo se logra de un modo imperfecto. La razón es que no se los llega a liberar de la mentalidad sacralizada de un cristianismo de autoridad». Ahora bien, tras esta «mentalidad», ¿no subyace una «mentalidad sacralizadora» del hombre, previa a toda religión y que influye también en la sacralización de lo “profano” en una sociedad como la nuestra?

(13) Ver además, sobre las Bienaventuranzas, el cap. V de RPPC y el VII de TF, y sobre la de la pobreza dos textos de Légaut, previos al cap. I de HBH, en CD, nº 1.

los «talentos». A lo que habría que añadir, además, que todo su análisis sobre los votos es, en el fondo, una glosa de la exhortación de Jesús a no jurar ni prometer ni usar el nombre de Dios en vano <sup>(14)</sup>.

En cuanto a su pensamiento, Légaut critica una concepción separada de Dios y del hombre. Sin duda se trata de una concepción que otros también detectan y critican, pero lo singular de Légaut es que presenta esta concepción vinculada con la forma habitual de entender los votos en el catolicismo. En la vinculación entre la forma habitual de entender los votos y esta concepción separada de Dios es, ciertamente, en donde Légaut hace hincapié.

Esta concepción separada de Dios y esta relación entre esta concepción y la forma habitual de entender los votos tienen que ver, además, con tres perspectivas importantes de su obra. Primero, tienen que ver con su distinción entre dos tipos de sacrificios: aquellos que se presentan «a partir de consideraciones teóricas» y aquellos que surgen a partir de unas exigencias interiores captadas en el plano de la propia existencia <sup>(15)</sup>.

En segundo lugar, la concepción de Dios contraria a ésta separada, adquirida a través de todo su itinerario, es la que lleva a Légaut, pese a su insistencia en lo «ignoto» del propio camino y en lo «impensable» de Dios, a afirmar que es más adecuado que otra cosa atribuir a Dios «los estados elevados que conocen los hombres en sus horas más luminosas, cuando crean», como ocurre con ocasión del amor humano y de la relación de paternidad y filiación. Esta atribución a Dios de los estados más elevados del hombre es, sin embargo –tal como Légaut insiste–, sólo útil en el plano del conocimiento pues su adecuación no comporta ninguna afirmación general de tipo metafí-

<sup>(14)</sup> «Pero yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, pues es trono de Dios; ni por la tierra, pues es escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la ciudad del "Gran Rey"; ni jures tampoco por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo cabello. Sino que sea tu lenguaje "sí" por sí, y "no" por no, pues *lo que de esto pasa proviene del malvado*» (Mt, 5, 33-37).

<sup>(15)</sup> Ver DS, p. 123-124, e *Interioridad y compromiso*, p. 39 y 55.

sico dado que la desemejanza siempre es mayor que la semejanza. No obstante, esta afirmación es importante dentro de su obra porque es como Légaut llega a lo mejor de la intuición de que hay analogía entre Dios y el hombre independientemente de su antipatía hacia el tomismo oficialmente impuesto a principios de siglo (16).

En tercer lugar, esta concepción de la relación de Dios y del hombre, así como la de la relación entre Jesús y sus seguidores, anterior e independiente de la división de éstos en estados separados, es, en definitiva, la fuente de su discurso, que es fundamentalmente laico, como su itinerario; lo cual es la clave de su capacidad de “decir” todavía a todos. Légaut –como veremos en la tercera parte de este trabajo– llegó a esta capacidad de decir a todos gracias a permanecer en el último lugar que es el del seglar; gracias a examinar los móviles muchas veces insuficientes de “fundar” tal como se hace; y gracias a descubrir las posibilidades de la llamada apostólica que consiste, propiamente, en descubrir y en suscitar lo que hay de discípulo –y de maestro– en cada uno, y uno a uno.

### *Segunda razón de suprimir –y de rescatar– este capítulo*

Quizá Légaut tuvo una segunda razón para descartar este capítulo veinticuatro además de por ver que el tema de los seminarios y del clero era ya algo rancio. Quizá Légaut también escogió eliminar este capítulo veinticuatro porque reflejaba cuestiones que le parecían particulares suyas; cuestiones, además, de un tiempo que fue sólo la preparación y como la prehistoria de su «propia vía», en la que entró definitivamente a raíz de su matrimonio y de su marcha a Les Granges (17).

---

(16) Légaut, dada su relación con el círculo de M. Portal, Edouard Le Roy (que era discípulo de Bergson), el P. Laberthonière y Teilhard, por ejemplo, no simpatizaba con el tomismo, sobre todo por cómo éste había sido impuesto y por el modo antimoderno como se le interpretaba, salvo honrosas excepciones.

(17) Hay tres edades para el *segundo llamamiento*: «La entrada en la propia vía es ocasión de una promoción capital para el hombre. A menudo lo *renueva físicamente* y provoca en él un *florecimiento psíquico*, auténtica primavera de la vida. Este *segundo nacimiento* se produce en todas las edades. En algunos principia en la juventud, justo

Quizá por esto la forma como trata en este capítulo de la «llamada apostólica» le pareció más del pasado todavía, sobre todo al releer el texto a sus ochenta y tantos años. Quizá Légaut tendió entonces de nuevo a prescindir de lo más biográfico y de lo más clásicamente cristiano, o a no darle importancia y a suprimirlo lo primero, un poco como también hizo, veinte años antes, cuando descartó su «Testimonio sobre Monsieur Portal» a la hora de componer TF en 1962, pese a haberlo escrito por las mismas fechas que la «Confesión de un intelectual» y «El testimonio del adulto» que pasaron a ser capítulos de dicho libro.

Esta segunda razón hipotética de que Légaut decidiera eliminar este capítulo y no otro puede parecer un poco forzada pero nos sirve para llamar la atención sobre unas referencias biográficas que están detrás de este capítulo como no lo están de ningún otro de ECH, lo cual hace imprescindible a este capítulo y es un *segundo motivo* y una segunda razón para reeditararlo.

---

antes de las turbulencias de la adolescencia, como ayudada por las potencias que en ellos se anuncian. En otros ocurre en la madurez, de ordinario tras algunas *experiencias decepcionantes* que destruyen las ilusiones en que hasta entonces se habían complacido. Por un *auténtico sobresalto*, se alcanzan a sí mismos entonces. Y también hay nacimientos de la hora undécima, cuando cae el día y el horizonte se estrecha. Vía nueva, intensa, *todavía a ciegas pese a la luz que la guía*, y no sin múltiples tanteos aunque conozca la estabilidad en medio de las crisis pues incesantemente se recobra. Cerca del final...» De estos tres tiempos que enumera, Légaut pudo conocer el primero a los doce y diecinueve años, y seguro que conoció el segundo cuando su ida a Les Granges. Légaut, probablemente, reflexionó sobre la «segunda llamada» a partir de la doctrina sobre la «segunda conversión» del P. Lallemand (1578-1635), que pudo conocer en uno de los tomos de la *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis la fin des guerres de religion jusqu'à nos jours*, de Bremond. El P. Lallemand, sj, desarrolló su idea de una «segunda conversión» en la edad adulta a partir de ser «instructor de tercera probación» y dirigir el tercer año de noviciado que los jesuitas hacen, en teoría, al acabar su formación. Sin ninguna sistematización sino a partir de lo que cuenta de su vida, Légaut pudo reconocer también esta «segunda conversión» en la vida de santa Teresa. Lo importante es que Légaut fue sumamente libre ante estas referencias del pasado, de las que hizo una lectura completamente remozada.

No obstante, antes de indicar estos elementos, nos detendremos en tres observaciones acerca del modo de elaborar Légaut su obra: una, sobre el estilo discreto de la misma, otra sobre su estructura, y una tercera sobre la dificultad que supone la referencia a tres tiempos distintos de su pasado para la interpretación de sus escritos.

*Sobre el estilo discreto de Légaut*

Como no están tan claros los elementos biográficos que hay tras este capítulo al leerlo, cabe preguntarse por cuáles son éstos. La razón de no estar tan claros obedece, sin duda, a la voluntad de discreción y de abstracción de Légaut; voluntad que anunció lealmente en su prólogo a HBH y que vale para los dos tomos de ECH, incluido este capítulo. De manera que una de las razones del interés de éste es por la forma como el autor difumina en él algunos hechos particulares de su vida.

Si al comienzo de este estudio indicábamos la importancia de este texto por razón de su mera posición externa como penúltimo de los dos tomos unidos, y, si después añadíamos que esta importancia se confirmaba por su contenido (pese a lo aparentemente rancio de algunos de sus elementos), los elementos biográficos que decimos que subyacen en él (sobre sus primeros cuarenta años sobre todo) también forman parte de dicho contenido y refuerzan asimismo el interés e importancia de este texto.

*Sobre la estructura circular de la obra de Légaut*

Si pensamos en las posibles asociaciones entre capítulos dentro de ECH y, más en concreto, dentro de IIPAC, este capítulo veinticuatro sobre la «llamada apostólica» forma una especie de unidad menor, una especie de díptico final, junto con el siguiente que trata sobre «la obra espiritual». La razón es que en el primero subyacen discretamente elementos biográficos del período de juventud de Légaut mientras que, en el segundo, los elementos que subyacen, de forma igualmente discreta, son del período siguiente, esto es, de los primeros años de Légaut en Les Granges.



Según esto, Légaut terminaría ECH con dos capítulos que comportan veladamente una mirada retrospectiva sobre algunos pasajes fundamentales de su vida. Y, en este sentido, la estructura de ECH sería un tanto circular, hesicástica, de volver a empezar <sup>(18)</sup>. Porque, ¿adónde llevan propiamente estos dos capítulos finales? ¿cuál es su salida? ¿qué hubiera podido escribir Légaut tras ellos o, dicho de otro modo, por dónde podríamos nosotros continuar leyendo a Légaut?

Sin duda hay varias respuestas a esta pregunta de por dónde podríamos continuar leyendo a Légaut. La primera es que estos dos capítulos, por razón de los elementos biográficos, tienen cierta afinidad con el segundo capítulo y con el primero de TF (es decir, con «La vida de fe» y la «Confesión de un intelectual», por este orden). De manera que no estaría mal volver a hojear TF al acabar ECH, dado que TF representa el comienzo de la obra decisiva de Légaut, empezada hacia 1950, es decir, a partir del itinerario aludido en abstracto en esta «llamada apostólica» y en esta «obra espiritual» con las que concluye ECH.

Otra respuesta en el mismo sentido es que, justo después de haber leído estos dos capítulos (con sus alusiones a la situación de un joven cristiano ante las decisiones que debe tomar, y a la del adulto con todo lo que debe olvidar para estar entre los hombres de igual a igual <sup>(19)</sup>), es cuando uno puede volver a leer, si no TF, sí HBH. En esta relectura es cuando el lector comprende mejor la discreción de

---

<sup>(18)</sup> Empleamos el adjetivo de "ritmo hesicástico" en homenaje al último capítulo de la novela *Paradiso* de José Lezama Lima donde el personaje, José Cemí, encuentra, por fin, a Oppiano Licario, el hombre que lo estaba esperando porque había sido testigo de la muerte de su padre y de su tío para darle las claves de su existencia, que entonces se puede volver a contar ya con orden y con una respiración acompasada, exenta del ansia del asma que Cemí padecía (ver un fragmento de esta novela en el *Cuaderno de la diáspora* 9, p. 147-151).

<sup>(19)</sup> Ver al respecto, sobre todo, la sección IIIª de "La obra espiritual", cap. 25 de IIPAC, en CIF, p. 182-196.

Légaut, que en HBH escribe, ya sin atributos confesionales, sobre el descubrimiento de la fe en sí mismo a través de la fe conyugal y paterna, a través del camino por el que el hombre hace de la muerte su muerte y, por último, a través del descubrimiento que éste hace, paulatinamente, de su capacidad de crear y de captar exigencias interiores, las cuales le descubren, al mismo tiempo, una fidelidad a Dios diferente de la simple adhesión ideológica. Todo un relato que implica, pese a su discreción, un desnudamiento notable <sup>(20)</sup>.

Hay aún una tercera vía para salir de los capítulos finales de ECH y seguir leyendo. Si comparamos la discreción y abstracción de Légaut en HBH (casi exento de anécdotas personales y de referencias cristianas u otras) con la discreción y abstención de estos capítulos veinticuatro y veinticinco, éstas son menores pese a que ocultan lo que la curiosidad del lector quisiera conocer con más detalle sobre la vida del autor. De ahí que algunos libros posteriores se enfocaran claramente a dar a conocer la biografía de Légaut <sup>(21)</sup>; libros en los que brilla con luz propia M. Portal gracias a la forma como Légaut cuenta su encuentro con él <sup>(22)</sup>, pero en los que hay también otras cosas en las que Légaut no insistió tanto y que también conviene subrayar porque, si no, pueden inducir a equívocos.

Por último, una cuarta línea, pero no de salir sino de continuar en ECH, es la de *Mutation de l'Eglise et conversion personnelle*,

---

<sup>(20)</sup> En cuanto a la ocultación de lo cristiano en HBH, recuérdese que, en su Introducción al tomo I, Légaut afirma ser cristiano pero reservárselo para sí pues su libro se dirige a todo hombre adulto que haya reflexionado, sin necesidad de que sea cristiano.

<sup>(21)</sup> Entre éstos destaca *Patience et passion d'un croyant*, de 1976 (en adelante, PPC), que se reeditó en 1990 y en 2000. Un libro parecido anterior fue *Questions à et réponses de Marcel Légaut* (QR), de 1972. A estos dos podemos añadir el estudio de Th. De Scott, M.L., *L'oeuvre spirituelle*, de 1984, que el propio Légaut siguió muy de cerca.

<sup>(22)</sup> De nuevo remitimos al texto de 1952 publicado en este mismo Cuaderno y que debería sumarse a los otros artículos de Légaut sobre M. Portal que son de 1976 y que se publicaron en el *Cuaderno de la diáspora* n° 10.

de 1975 (en adelante, MECP), que reúne algunos artículos extensos en los que Légaut completa lo expuesto en los tomos I y II (23). La tercera parte de este trabajo, de acuerdo con las tres primeras vías de continuar la lectura de Légaut que hemos enunciado, reunirá las referencias oportunas de TF, de HBH, de PPC y de otros libros afines, junto con algunos textos inéditos, con los que ilustraremos los elementos biográficos que están detrás este capítulo veinticuatro.

### *Sobre los tres tiempos de sus recuerdos*

Sin embargo, hay que hacer antes una última observación acerca de la dificultad que comporta compaginar, como intentó Légaut, la reflexión de un solo tema con el recuerdo de una vida prolongada. La presencia en la mente de Légaut de elementos biográficos comprendidos en un período de sesenta años hizo, en efecto, que, a la hora de escribir sobre un tema, no le fuese fácil conjugar, sin peligro de mezcla, los tiempos de tres generaciones distintas: el catolicismo de principios de siglo, el de entreguerras, y el de postguerra que llega hasta finales de los años sesenta. Así ocurre en este capítulo donde predominan, sin embargo, los elementos propios del período que va desde su ingreso, con diecinueve años, en la Escuela Normal Superior (en adelante, ENS), hasta los treinta y nueve, en que fue movilizado.

---

(23) Los escritos reunidos en MECP son de dos tipos. Del primer tipo son algunos desarrollos posteriores a ECH en que Légaut sintetiza o prolonga su pensamiento atendiendo más en concreto a la situación de la Iglesia y dirigiéndose a sus lectores habituales o a los de algunas revistas en las que le invitaron a colaborar. Tal es el caso de "Devenir disciple", que publicamos en el *Cuaderno* nº 2, o el del fragmento de "Descubrir la comunidad de fe", que publicamos en el *Cuaderno* nº 15. Hay un segundo tipo de escritos en MECP. Son respuestas de Légaut a objeciones de algún crítico eclesialístico que enjuició su obra desde la doctrina habitual para ver si se ajustaba o no a ella. También son de este segundo tipo los dos debates entre Légaut y el P. Varillon publicados en 1972 y 1978: *Débat sur la foi* (Légaut-Varillon), y *Deux chrétiens en chemin* (Légaut-Varillon). En próximos Cuadernos traduciremos textos de los dos tipos.

### III

#### *Sobre los elementos biográficos subyacentes en «La llamada apostólica».*

A propósito de «La llamada apostólica», quisiéramos hablar ahora de los elementos de la vida de Légaut que, a nuestro entender, están detrás de este capítulo. Sin embargo, como no se trata de exponer con detalle todos ellos sino los más significativos, enumeraremos antes los que descartamos <sup>(24)</sup>.

#### *Elementos descartados*

Descartamos la alusión de Légaut a las actuales «condiciones de escolarización de la juventud», que distraen de la vida interior y que él conoció en los años preparatorios al ingreso en la ENS; condiciones que luego vio cómo absorbían a muchos de sus compañeros, y que él tuvo presentes en el proyecto pedagógico del comienzo de Les Granges. Légaut, como era frecuente entonces, tuvo las primeras intuiciones de su «vocación» a los doce años, cuando su primera comunión. Apoyado por su madre, quiso ingresar cuanto antes en algún seminario pero fue su padre quien le puso como condición acabar, antes, el bachillerato e ingresar y hacer los estudios universitarios de matemáticas; estudios que luego fueron la base de su estima por la integridad y el rigor científico. Durante bastante tiempo, sin embargo, Légaut tuvo la impresión de que su esfuerzo en los estudios enfrió su vida espiritual, a pesar de que éstos fueron, como él interpretó más tarde, la puerta hacia su propio camino, que hubiera sido muy distinto sin esta demora.

---

<sup>(24)</sup> Es probable que el lector sólo conozca la vida de Légaut a grandes rasgos, y que esto le parezca un inconveniente para seguir leyendo si es que ha llegado hasta aquí. Pero no debe desanimarse por ello porque, aparte de que lo importante es, ante todo, la lectura del capítulo de Légaut tal como éste se ofrece, los fragmentos de la vida de Légaut que presentemos puede que le despierten la curiosidad que a nosotros nos ha guiado durante años. Por otra parte, nunca se termina de conocer a nadie, ni siquiera tras leer una biografía exhaustiva, máxime si uno no ha reflexionado sobre la suya.

Descartamos, además, las referencias puntuales a las organizaciones juveniles y a la tendencia de éstas –como de bastantes sacerdotes, según Légaut– a dejar de lado la «formación espiritual» para dedicarse de lleno a la acción social y política, imbuída de las ideologías propias de la época, tales como el liberalismo, el socialismo o el nacionalismo. Lo que sucedió después, en los años sesenta, es decir, en los años en que Légaut escribía ECH, era, para Légaut, una repetición de lo que había sucedido en los años veinte con los «equipos sociales» y antes con el movimiento de «le Sillon» (el Surco), o con los laicos y sacerdotes favorables a la «Acción francesa», o en los comienzos de la «acción católica» y con algunos de los entonces llamados –¿por qué sino porque eran minoría?– «sacerdotes demócratas».

Descartamos también comentar los conflictos extremos que, según Légaut, puede comportar la obediencia, sobre todo «en las épocas en que el hombre hace un escrutinio de sus creencias a la luz de su conciencia y en nombre mismo de su fe», algo minoritario a comienzos de siglo y frecuente después. Sin duda Légaut pensaba en las situaciones extremas que se vivieron durante la crisis modernista y la represión antimodernista, en que hubo, además de quienes o se rebelaron o se sometieron de una forma que lesionó su honestidad –incluida la intelectual–, quienes entraron en un exilio y en una pasión silenciosa, como M. Portal o el P. Laberthonnière, o como Teilhard después, entre otros estudiosos de los años cuarenta y cincuenta <sup>(25)</sup>.

Y podemos descartar también, dada su menor importancia para la comprensión de este capítulo, los elementos biográficos relacionados con el voto religioso de pobreza, cuestión importante, sin embargo, en la crisis de los años treinta de Légaut dada su idea de cambiar

---

<sup>(25)</sup> Pío X instauró el juramento contra los errores del modernismo en 1910 (Ver el texto en el *Denzinger*, 1963, p. 516-518, n° 2145-2147). Dicho juramento era «una ratificación de sus condenas» de aquellos años contra esta herejía: la última de todas y la suma difusa de todas las anteriores. Todos los que accedían al diaconado y al sacerdocio tenían que pronunciar el juramento. «En toda la Iglesia católica sólo hubo cuarenta sacerdotes que rehusaron prestar el juramento antimodernista. Alemania fue

de trabajo y de profesión, reforzada por su experiencia de la guerra y por su conciencia aguda de la condición privilegiada de ser «norma-lien» dentro de la estructura de la administración francesa <sup>(26)</sup>.

*Los cuatro elementos biográficos más relevantes. Primer elemento: un conflicto entre dos caminos*

Dejando aparte estos elementos descartados, los elementos bio-gráficos más influyentes en algunos segmentos extensos de este capítulo nos parecen ser cuatro. El primero de ellos está detrás de los cuatro apartados iniciales de la sección II<sup>a</sup> de este capítulo veinticuatro. Si el tema de esta sección es «descubrir el verdadero camino de uno», no deja de resultar chocante el primer encabezamiento que afirma que son raros los que lo consiguen. A primera vista parece una nota pesimista típica de un “intelectual”. Sin embargo, su fuente es otra: es el juicio retrospectivo de Légaut de no haberlo tenido fácil y de que

---

la única excepción: la medida provocó allí grandes protestas en nombre de la libertad científica, y los profesores de Universidad fueron dispensados de prestar juramento a petición del episcopado» (R. Aubert, *Nueva H<sup>a</sup> de la Iglesia*, vol V, 1984, p. 200). El juramento no se suprimió hasta 1967, cuando Pablo VI lo reemplazó «por una fórmula reducida, en lo esencial, al símbolo niceno-constantinopolitano». Su supresión coincidió la del Santo Oficio (É. Fouilloux: *Une église en quête de liberté (La pensée catholique française entre modernisme et Vatican II, 1914-1962)*, París, 1998, p. 36). Uno de los que se negaron al juramento fue el abate Baudin, asiduo comensal en el seminario de Portal, colaborador suyo en las relaciones con anglicanos y ortodoxos, profesor de filosofía y de psicología en el Colegio Stanislas y en el Instituto católico, especialista en Newman, corresponsal de William James y de Husserl. Baudin había descubierto en el seminario del Cherche-Midi a lord Halifax y a la ortodoxia, hizo varios trabajos para Portal y fue asiduo conferenciante del grupo Tala. Al negarse a prestar el juramento antimodernista, tuvo que dimitir de sus puestos de enseñanza (Ladous, R.: *Portal et les siens (1855-1926)*, París, 1985, p. 164).

<sup>(26)</sup> Légaut renovó el tema de la pobreza cuando lo situó en el plano de la existencia, independiente del de los votos y del de la mera sensibilidad social. Reflexionar sobre el verdadero significado de la pobreza llevó a Légaut a la «carencia de ser», la otra cara de la «fe en sí mismo» tal como la desarrolla en el capítulo primero de HBH y antes en algún “topo” de los años sesenta. Ver estos “topos” en el *Cuaderno* n° 1, p. 13-46.

tampoco lo tuvieron quienes debieron decidir, como él, cómo plasmar, en su tiempo, el «don total» exigido por su «vocación».

En efecto, Légaut constata una dificultad –y no una facilidad pese a las apariencias («nada más favorable puede imaginar»)– cuando escribe que «cuando un joven cristiano [...] quiere responder plenamente a lo que Dios espera de él [...], normalmente piensa [...] en el sacerdocio o en la consagración monástica». A la hora de sentir la llamada al «don total», pensar inmediatamente, casi automáticamente, en la concreción tradicional del mismo no fue para él una facilidad sino una dificultad, en la que él se encontró, de la que se liberó, pero que otros muchos, en su opinión, ni siquiera captan, en ese momento al menos. Prueba de ello es que todavía esto puede sorprender a un espíritu tradicional y también que Légaut pasó por un largo proceso hasta tenerlo claro del todo. En cierto modo, éste fue el fruto del trabajo de su fe y de su fidelidad hasta los cuarenta años e incluso más adelante <sup>(27)</sup>.

Tal como él mismo cuenta, Légaut comenzó a concienciar esta dificultad al concienciar la incompatibilidad (no “en sí” sino por la tendencia dominante en el catolicismo de entonces) entre la vía sacerdotal o monástica y otro «auténtico imperativo de carácter religioso» que surgió en él cuando hizo especialmente suya una de las aspiraciones propias de su época a partir de sus estudios y de la vida fuera del marco familiar. En el caso de Légaut, esta imposibilidad de plasmar su entrega en alguna de las formas tradicionales se presentó (antes de hacerlo a raíz de otras cuestiones más personales y del corazón, como veremos) como un conflicto entre la llamada de la ciencia y la del sacerdocio.

Entre ambas llamadas se planteaba entonces un auténtico dilema moral en el plano de la inteligencia que M. Portal le ayudó a desenmascarar como un pseudoproblema. Portal le aconsejó seguir la

---

<sup>(27)</sup> Sobre la dificultad que puede representar la claridad convencional, ver la cita del capítulo veintitrés de ECH, "Haced esto en memoria mía", que transcribimos en el penúltimo apartado de este estudio.

primera llamada y mantenerse seglar para evitar los atolladeros en los que se hubiera visto metido si se hubiera ordenado tanto a causa de lo cerrado de la postura oficial católica frente a lo que eran, ya entonces, adquisiciones de la ciencia, como a causa del carácter entero y entonces sin matices de Légaut, que fácilmente hubiera terminado o bien por dejar la religión y seguir la ciencia o bien, al revés, por dejar la ciencia y seguir la religión, de una forma demasiado absoluta e injusta en ambos casos pues, en uno, hubiera seguido más al cientismo que a la ciencia, y, en otro, hubiera seguido más a un ídolo que a Dios mismo <sup>(28)</sup>.

De una u otra forma, Légaut hubiera caído, en efecto, en la trágica confusión, llena de consecuencias, de quienes, en el primero caso, «abandonan toda profundización personal», no sin antes o después desacreditarla, y, en el segundo caso, en la no menos trágica confusión de quienes consideran «los talentos que han descubierto en sí» como «tentaciones» en lugar de verlos como «peldaños de su ascensión espiritual». Ya aquí, como se ve, subyace la necesidad de un cambio en la concepción de Dios (como no separado sino como interior

---

<sup>(28)</sup> En cuanto a lo cerrado de la postura oficial católica, véase una nota anterior acerca del modernismo, cuestión que merecería todo un estudio. La ciencia había llegado a adquisiciones que la jerarquía y los teólogos veían como un atentado a lo que ellos sostenían. Antes de que la ciencia constituyese un discurso autónomo, la teología parecía implicar opiniones que de hecho no eran de su competencia; opiniones a las que echaban por tierra las adquisiciones del conocimiento sobre la evolución de las especies, el origen del universo y del hombre, la historia de la redacción de las Escrituras, de la formación progresiva de los dogmas y de las costumbres, etc. Légaut comentaba cómo le sorprendió enterarse, a los veinte años, de que había cuatro evangelios y de que a tres de ellos les llamaban "sinópticos" por lo que se parecían. Otros "normaliens" cuentan lo que les inquietaba y fascinaba el abate Breuil, invitado por Portal, cuando les hablaba de que de suyo hubo varios adanes; o el abate Gaudefroy, geólogo, que les hablaba de la antigüedad de la Tierra. Légaut recuerda en alguna ocasión que uno de los temas polémicos en el tiempo del modernismo, causa de grandes sanciones, era si Moisés había escrito o no, él solo, el Pentateuco, o si la Creación había sido, o no, conforme a los tres primeros capítulos del Génesis; es decir, cuestiones que ahora ya están resueltas sin afectar a la fe como entonces parecía.



al camino del hombre) que, poco a poco, se convirtió en guía de su vida (<sup>29</sup>).

*Segundo elemento: la «delicada emancipación» gracias a M. Portal*

El segundo de los cuatro elementos biográficos subyacentes en este capítulo es, obviamente, el encuentro con Monsieur Portal y su efecto básicamente «liberador» para Légaut y sus amigos (<sup>30</sup>). La paternidad espiritual de M. Portal cumplió, en ese sentido, la difícil misión apostólica de «desatar» de verdad, no tanto en el sentido habitual de perdonar (siempre equívocamente vinculada con la de «atar» en el sentido moral –que no espiritual– de condenar), cuanto en el de transmitir el «no temáis» evangélico: otra forma de decir la «fe en sí mismo». La gran misión de Portal fue, en efecto, ser «fermento» de

---

(<sup>29</sup>) Quizá recordará el lector, al respecto, un breve pero sustancioso comentario de Légaut sobre la figura de Abraham que se publicó en otro Cuaderno (CD n° 12, p. 50-53). Dicho comentario formulaba, en síntesis, este cambio de concepción o, mejor, de perspectiva sobre Dios y sobre su relación con el hombre por el que Légaut llegó a la diferencia entre fidelidad y obediencia, y entre fe y creencia. Un análisis en detalle sobre "las dos opciones" (cap. VI de HBH) nos llevaría más adelante en este terreno. Este análisis no sería ajeno al hecho de que Légaut, primero, sintonizó enormemente con Teilhard, al que Portal invitó a hablar al grupo, y que, para los "normaliens", encarnaba el modelo de científico y creyente católico, aunque después Légaut se distanció de él porque la perspectiva general de éste sobre el "fenómeno humano" ya no era la que se adecuaba a su búsqueda sobre lo singular de cada uno.

(<sup>30</sup>) Importa subrayar que liberar es el efecto fundamental de la paternidad espiritual, según Légaut. Recuérdese, en este sentido, la "bienaventuranza" que por dos veces le hace exclamar a Légaut: «¡Dichoso aquél que, porque sabe reconocerlo, encuentra a tiempo un espiritual de su misma familia de espíritu para abrirse, desde el comienzo de su vida religiosa, a la *libertad* creadora!»; «¡Dichoso el joven, rico en promesas, que se encuentra a tiempo con el discípulo de Jesús que, por su paternidad espiritual, le abre y *le orienta hacia sí mismo*, le muestra su propio camino, y lo anima a entrar en él sin temor a la soledad ni a las largas demoras que lo separan del descubrimiento de su misión!» Sobre M. Portal, ver, como antes hemos señalado, el "testimonio" de Légaut en 1952, y ver, además, el *Cuaderno* n° 10, p. 25-47 y el *Cuaderno* n° 15, p. 147-169.

aquellos jóvenes, y animarlos a cortar el cordón umbilical y partir, único camino por el que, a la larga, aquellos chicos quedaron, al mismo tiempo, libres y atados, de manera que ya nunca le dejaron, ni a él ni a aquello a lo que él había entregado su vida <sup>(31)</sup>.

He aquí de nuevo la «delicada emancipación» obrada por Portal, en la que era fundamental diferenciar, distinguir y separar incluso, además de tener, como él tuvo, el sentido de la «desaparición necesaria» de uno mismo, que es lo que ayuda al otro a sentirse «enviado» y a abrazar lo más sutil y vivo: «ser sólo uno mismo modesta y valientemente, tal como exige el cristianismo de llamada», es decir, no tanto «entrar en religión», tal como se decía tradicionalmente, cuanto «entrar en la propia vía», tal como formula Légaut quizá teniendo en cuenta incluso dicha expresión tradicional <sup>(32)</sup>.

Sobre M. Portal y sobre lo que Légaut creyó recibir de él habría mucho que decir y en su día lo haremos. Cara a este capítulo, reten-

---

<sup>(31)</sup> La anécdota que veladamente cuenta Légaut de sí mismo en el "testimonio" sobre M. Portal de 1952, en este mismo Cuaderno, ilustra el sentido positivo de este quedar "atado".

<sup>(32)</sup> «¡Qué distancia respecto de lo que, por el contrario, haría falta hacer: ayudar a cada uno, con flexibilidad, paciencia y fe, a *encontrarse a sí mismo*, y, para ello, favorecer las iniciativas que exige la propia fidelidad, por particulares que sean; tolerar los titubeos que fatalmente acompañan a toda búsqueda; y, en definitiva, tener fe en la eficacia de la acción de Dios sobre una persona bien dispuesta y generosa!» «Los profesores y directores de conciencia más celosos y escrupulosos no pueden replazar a los auténticos espirituales que *no han buido* ante las exigencias intelectuales de su tiempo, que las han cargado sobre sí pesadamente antes de responder a ellas como mejor han podido y sin demasiadas ilusiones. Sólo unos maestros así podrían responder a las íntimas aspiraciones de sus discípulos y dirigidos, sin decepcionarles ni tranquilizarles en falso. Sólo ellos podrían *liberar* a estos principiantes, ayudarlos a comprometerse en su camino particular y convertirlos en seres capaces de realizar una actividad creadora, la única que es realmente apostólica. Pero por lo general, de forma sistemática, a estos seres superiores, se los mantiene aparte». Ver, además (en el Cuaderno nº 15, p. 158-159), cómo M. Portal, en 1907, un año antes de que lo destituyesen como rector del seminario, aconsejó a Mme. Gallice acerca de si profesar o no en las Hijas de la Caridad.

gamos, primero, un párrafo de Légaut acerca del clima de falta de libertad del que él les liberaba:

«... en esta época, un jansenismo latente volvía sospechosa, como fruto del espíritu propio y del orgullo, toda investigación libre. Se tenía una concepción demasiado “monástica” de la obediencia, en la que se le atribuía a ésta un valor absoluto. Esta concepción voluntarista dispensaba de las investigaciones y, por tanto, asimismo de los tanteos que piden comprensión, inteligencia de lo que se manda o enseña. De este modo, se le impedía a uno ser él mismo con honestidad de espíritu. Al creyente se le edificaba, no se le educaba en la libertad, o al menos hacia ella. La fidelidad, rebajada de esta forma al plano de la disciplina, hacía que el cristiano fuese un ser sumiso y el “pueblo de Dios” un rebaño. Por otra parte, el dolorismo volvía meritorios, a los ojos de muchos, los sufrimientos debidos a sus reacciones vitales: esas sordas resistencias de unos seres llamados por todas sus fibras y por Dios mismo a la libertad en la verdad...»<sup>(33)</sup>.

Más en concreto, Portal les liberaba de la necesidad de la vía monástica o sacerdotal basada en motivos insuficientes y por ello engañosos. Uno de estos motivos insuficientes y engañosos era el prestigio que entonces todavía tenía la carrera eclesiástica dado el influjo social de la Iglesia y el predominio de la clerecía sobre el laicado dentro de ésta. En 1927, a propósito de la ordenación de un antiguo condiscípulo de la Normal, escribía Légaut a su compañero Antoine Martel:

«Si hubiese entrado como él en el seminario, me ordenaría sacerdote el próximo año. Esta idea me turba a mi pesar. Y sería para mí ocasión de un inmenso reproche si no pudiese tener la seguridad en verdad de que, durante todos estos años, estuve en el sitio que Dios me había asignado para colaborar en el desarrollo, en el círculo de la Normal, de un ideal científico y cristiano que tanto puede ayudar a la Iglesia. En el fondo de mí no me siento lo suficientemente humilde como para “contentarme”, sin una reacción íntima, por el *pequeño y último lugar del laico*. Ya ves mi debilidad. Para mí, la dignidad con la que se rodea el sacerdocio es más una tentación que una ayuda para comprender la confianza con que Dios honra a los sacerdotes. Si tuviésemos una verdadera visión de las cosas sobrenaturales, ¡cuánto más mezquino parecería aún lo que te digo!»<sup>(34)</sup>

---

<sup>(33)</sup> PPC, p. 36-37.

<sup>(34)</sup> Carta del 30 de junio de 1927, citada por *De Scott, 1984*, p. 60.

Pero hay otros motivos engañosos. Son los revestidos de la aureola de la generosidad. Una vez que Légaut le dijo a Portal que quería ser sacerdote, éste le recalcó que «sobre todo no hay que ser sacerdote porque faltan sacerdotes» <sup>(35)</sup>. Y otra vez, de forma más personal, le dijo: «no debes emplearte a fondo en las cosas religiosas por mi causa» <sup>(36)</sup>.

Con todo, M. Portal, a pesar de su idea de que siguiesen seglares, respetaba las iniciativas de los muchachos, las secundaba incluso, y esperaba que fueran ellos mismos los que reaccionasen.

«... durante un tiempo, pensé en hacerme monje. M. Portal pensaba en la abadía de Hautecombe para mí. Pero, cada vez que se planteaba la cuestión, yo reaccionaba en contra. Tenía la intuición de que no tenía que separarme del medio científico» <sup>(37)</sup>.

Así recuerda Légaut que, después de haber pensado y descartado hacerse él mismo monje, durante mucho tiempo, trabajó por consolidar un grupo seglar de corte monástico, con rezo de horas canónicas y todo, pese a que esto no era del gusto ni del estilo de M. Portal que, sin embargo, le dejaba hacer.

### *Una posible equivocación del lector*

Faltan otros dos elementos por presentar. Ahora bien, como están más ocultos y son más indirectos, la mejor manera de descubrirlos es partir de la equivocación a la que Légaut puede inducir por ocultarlos.

Si, por hipótesis, un lector desprevenido comienza a leer ECH sin conocer nada de su autor (como es el caso de los que lo leímos en 1970-

---

<sup>(35)</sup> De un plumazo M. Portal iba así en contra del eslogan principal de muchas campañas vocacionales del "día del seminario", tal como muchos recordarán.

<sup>(36)</sup> Ver: QR, p. 44. Sobre la penuria de sacerdotes como argumento para serlo, ver QR, p. 90. Esta forma de "desatar" de M. Portal se compagina muy bien con la anécdota anónima que Légaut explica en el "testimonio" sobre Portal que publicamos en este mismo Cuaderno y que, sin duda, fue él quien la vivió.

<sup>(37)</sup> PPC, p. 63.

71), y, tras leer el tomo I, llega al final del tomo II y por tanto a este cap. 24, y, tras leer la sección I<sup>a</sup> y la primera parte de la sección II<sup>a</sup> <sup>(38)</sup>, llega a la parte que trata sobre seminarios y noviciados y sobre seminaristas y novicios, y continúa leyendo las otras secciones sobre los votos, el celibato y la vida «separados del mundo» de los sacerdotes y de los religiosos; secciones en las que encuentra párrafos como éste:

*«No existe grupo joven más rico en esperanzas que el de los seminarios y noviciados. En ninguna parte puede encontrarse mayor densidad por metro cuadrado de almas generosas y capaces de un don total. Sin embargo, hay que confesar que lo que suele suceder es que estos bellos comienzos, estas excepcionales posibilidades acaben en un relativo fracaso con bastante rapidez. ¿Hay que atribuirlo entonces únicamente a la debilidad humana? ¿No hay que pensar, por el contrario, que este fracaso es consecuencia, más bien, de una formación religiosa que, pese a ser superior a la de las familias y parroquias, no alcanza suficientemente el fondo humano como para valorarlo verdaderamente de forma que sea él el que asuma las exigencias de una vida altamente espiritual?»;*

estas secciones y este tipo de párrafos, ¿no le inducen a pensar, a este lector que decimos, que el autor ha conocido todo esto personalmente? Sin embargo, surge entonces un problema y una nueva pregunta. Como este lector ha leído antes, según nuestra hipótesis, los primeros capítulos de HBH y éstos le han inducido a pensar que el autor hablaba de lo que conocía personalmente al hablar sobre el amor humano y sobre la paternidad, y como este lector conoce la norma católica, ¿acaso no tiene que preguntarse si el autor fue primero una cosa y luego la otra (es decir, primero esposo y padre y luego sacerdote o religioso) o si fue al revés <sup>(39)</sup>.

La realidad, no obstante, no fue así, y de ahí la equivocación a la que, sin querer, induce Légaut. Porque Légaut nunca ingresó en un

---

<sup>(38)</sup> Recuérdese, además, que, por hipótesis, este lector ignora que esta parte del capítulo tiene que ver con el conflicto entre la vía sacerdotal y la de la ciencia, y que ignora, por tanto, cómo terminó.

<sup>(39)</sup> Un lector imaginativo podía, en efecto, pensar que quizá Légaut había sido seminarista, o incluso sacerdote, y luego se había secularizado y se había casado; o bien que, des-

seminario o en un noviciado, ni fue sacerdote ni religioso, y, en cambio, sí estaba casado y era padre de familia. Pero, entonces, ¿de dónde le venía un conocimiento personal del medio sacerdotal y religioso, dado que su obra decía ofrecer este tipo de conocimiento («un conocimiento real de la vida partiendo de la suya propia») en la «Introducción» de HBH que, como antes hemos dicho, es válida también para IIPAC?

Ciertamente, el conocimiento del mundo eclesiástico le venía en parte a Légaut de oídas, es decir, de escuchar a M. Portal, que había sido profesor de varios seminarios –menores y mayores– y rector de uno de los dos de París entre 1901 y 1908. Y también le venía de su trato frecuente con clérigos y religiosos que expusieron y convivieron con el grupo Tala de la ENS, o que apoyaron luego al «grupo Légaut», o que fueron compañeros del grupo y acabaron por entrar en alguna orden o se hicieron sacerdotes.

Sin embargo, lo más personal, que sin duda ayudó a Légaut a comprender por dentro los límites del mundo eclesiástico, así como las tentaciones y peligros de los votos para muchos, sobre todo del celibato, fueron los dos elementos biográficos que en este texto no se mencionan, ni siquiera en filigrana, por lo que la discreción y abstracción es máxima, hasta inducir al lector a un dilema entre dos suposiciones equivocadas, tal como decíamos.

### *Tercer elemento: los años de Les Granges*

El primero de estos dos elementos escondidos es la reflexión de Légaut, hecha en torno a los sesenta años y ya estable en Les Granges, sobre el amor y la paternidad. Sin ella, es decir, sin lo que reflejan los

---

pués de haber enviado, había ingresado en una orden contemplativa o se había ordenado sacerdote. Ciertamente, también podía pensar que sólo había seguido uno de los dos caminos y que el otro sólo lo conocía de oídas. Con todo, en este último caso, por más cercanas y explícitas que hubiesen sido estas "oídas", y por más que el lector pudiese recordar, en el ámbito de la ficción, a Flaubert que decía "Madame Bovary soy yo", o a Bernanos escribiendo el *Diario de un cura rural*, lo que dejaban claro, tanto los primeros capítulos de HBH como los últimos de IIPAC, era una reflexión profunda acerca de lo escuchado a otros.

capítulos II y III de HBH (y, antes, el cap. V de TF), Légaut no hubiera podido escribir este capítulo tal como lo hizo.

Sólo tras haber meditado en la situación de un «amor imposible» o en lo frecuente del fracaso de la paternidad humana y en lo «raro» que es un amor humano y una paternidad adultos y suficientemente fieles a lo mejor de sí mismos, pudo Légaut usar con autoridad los indefinidos de este capítulo veinticuatro: «son raros», «hay pocos», «son poco numerosos», «son muchos», etc. <sup>(40)</sup>. Desde el conocimiento del «fracaso» y de la «carencia de ser» del hombre en el amor conyugal y en la paternidad, en los que, sin embargo, la naturaleza apoya el camino del hombre al tiempo que le hace sentir también sus límites; y desde la conciencia sin autodefensas de las situaciones en las que el hombre conoce la crisis del amor humano y de la paternidad, es desde donde Légaut pudo comprender como lo hizo los límites y las crisis propios de la respuesta habitual a la llamada apostólica, que suele concretarse demasiado joven y que, si no es meramente ideológica al comienzo, poco a poco acaba siéndolo al final en la mayoría de los casos a no ser que la comunicación con un mayor lo impida.

En «El fracaso en el plano de la existencia», que es el capítulo quinto de TF, escrito en 1958, es donde encontramos por primera vez unas páginas sobre el «fracaso» de una vida marcada por una vocación especial. Y no es casualidad que dichas páginas estén a continuación de otras sobre el «fracaso» en el amor humano y en la paternidad. Este orden es significativo y confirma este tercer elemento biográfico que decimos que subyace en este capítulo y que nos remite a los años cuarenta y cincuenta de Légaut en Les Granges <sup>(41)</sup>.

Prueba de ello es que Légaut conservó el mismo orden unos

---

<sup>(40)</sup> Sobre el amor imposible, ver HBH, p. 22 y ss; sobre lo frecuente del fracaso de la paternidad, ver HBH, p. 77-78; sobre el uso del indefinido "raro" en la vida espiritual en general, ver DS, p. 141.

<sup>(41)</sup> Sobre el fracaso del amor humano y de la paternidad ver TF, p. 99-104. En

años después de redactar este capítulo cinco de TF, cuando escribió HBH. Sólo que entonces dio un paso más y separó y trató en distintos capítulos lo que en TF trataba en uno sólo. De forma que todo HBH es una ampliación que sigue un mismo orden. En los tres primeros capítulos, Légaut trata de la «carencia de ser» (o del «fracaso») en el amor humano y en la paternidad. Luego, en los capítulos del seis al diez, trata de los límites del compromiso ideológico y de los sacrificios que éste impone. Y sólo después de ambos grupos de capítulos, en el capítulo once, es cuando expone la distinción entre faltas y pecado, y entre perseverancia y fidelidad, y lo hace justo en el contexto de la «delicada emancipación» que M. Portal obró en él, que él siguió descubriendo y que, ya mayor, le permitió mirar los fracasos y las carencias del «hombre» con una mirada afín a la de Jesucristo, capaz de desatar, de liberar y de perdonar verdaderamente.

#### *Cuarto elemento: la década de los treinta*

Sin mencionar este elemento anterior, no podíamos llegar aeste de ahora. Sin todo el tiempo y esfuerzo de reflexión de Les Granges, Légaut no hubiera llegado a la capacidad de comprensión a la que llegó. Légaut únicamente pudo reflexionar del modo como lo hizo sobre el fracaso (o la carencia de ser) que se suele dar en «la llamada apostólica» que se concreta en las formas eclesíásticas habituales después de haber logrado mirar limpiamente, sin las autodefensas habituales, hacia dentro de su propio camino y de sus propias relaciones fundamentales <sup>(42)</sup>.

Con todo, la afirmación más importante que quisiéramos hacer, cara a la intelección de este capítulo, es esta otra: cuando Légaut reflexiona sobre «la llamada apostólica», el elemento de su pasado en el que piensa, al que mira, en el que se basa para hablar, no de oídas

---

las páginas que siguen a éstas (p. 104-108), sobre el fracaso de la vocación, ya encontramos, aunque dichas de otro modo, las ideas que Légaut expone en este capítulo veinticuatro que ahora estamos presentando.

<sup>(42)</sup> El capítulo de TF sobre "El fracaso en el plano de la existencia", escrito en 1958, es, en efecto, el punto de partida de los cinco primeros capítulos de HBH. Entre éstos, el que sin duda es clave es el cap. I, del que, por otro lado, son inseparables el VIII y el X.



sino desde su experiencia, es todo el período complejo durante el que vivió deliberadamente célibe como seglar junto con otros compañeros con los que intentó un grupo monástico y de estudio en la ciudad, en París; es decir, el período que va, desde los tiempos de intimidad y de entusiasmo, primero con Portal y luego sin él (entre 1923 y 1930), hasta la crisis de los años inmeditamente anteriores al comienzo de la IIª Guerra Mundial. Légaut tardó en poder mirar sin autodefensas ni desviaciones hacia este período. Prueba de ello es que todavía en 1952 no podía hacerlo, tal como se adivina en el final del “testimonio” sobre M. Portal de esa fecha <sup>(43)</sup>.

Este cuarto elemento biográfico no es, pues, un hecho puntual ni tampoco una sola relación sino un conjunto complejo y largo en el que intervinieron otras personas fuera de él y de M. Portal, lo cual fue una razón más de su escribir discreto. Dentro de este período de dieciséis años, para entender por dentro este capítulo, no importa tanto el tiempo inicial y entusiasta, que es en cierto modo obvio, igual que lo es la generosidad y la necesidad de un ideal en un joven, cuanto el período siguiente, en que el grupo reducido, que era el alma de todas las actividades, se acaba y el grupo amplio se extiende y se amplía, lo cual, en cierto modo, es un éxito <sup>(44)</sup> aunque, desde otro punto de vista, sea, a sus ojos, el comienzo de su declive.

En lo que atañe directamente a Légaut, dentro de este proceso común, destacan dos hechos cruciales. El primero fue que Jacques Perret, su amigo y compañero durante años, le dijese, en 1933, que se

---

<sup>(43)</sup> «*Hoy no puedo decirlo más. Aunque dispusiese de más tiempo; aunque nuestro camarada Pons no me hubiese hecho prometer que os aportaría este "testimonio" -siguiendo su expresión- exento de toda autocrítica, ¿podría decirlo hoy algo más? ¿Tendría el coraje, la inteligencia y la lucidez necesarias para ello? ¿Podría suscitar en vosotros el clima adecuado de fraterna apertura y de misericordiosa compasión que haría falta? Lo ignoro. Hay una manducación del pasado real, total, que sólo pueden hacerla los pocos que saben comulgar así con la presencia de Dios. Para el resto, una transfiguración fiel del pasado es suficiente. Es lo justo y razonable.*»

<sup>(44)</sup> Así lo verá Légaut en el "Testimonio" sobre Portal.

casaba, lo cual provocó que Légaut, alterado, le contestase –en el fondo para que no le abandonase– que era el grupo el que le exigía continuar. El segundo hecho fue la decisión final de Légaut de casarse y de marchar a Les Granges, lo cual, además de dejar la Universidad, incluía abandonar él al grupo, aunque fuese éste el único camino de recuperarlo luego, lo cual, sin embargo, no estaba nada claro entonces.

Entre ambos hechos –se dice pronto– transcurrieron siete años –de 1933 a 1940– especialmente críticos para Légaut. Al cabo de estos años, Légaut era a la vez, dentro de sí, Perret y él mismo. A nuestro entender, éste es el intervalo en que Légaut (a posteriori diríamos que «a oscuras y seguro», como el alma del poema) descubrió por segunda vez (igual como al pensar en hacerse sacerdote o religioso) los límites de la concreción ideológica del «don total» y escogió (como con la ciencia) seguir el camino entreverado de lo humano; camino por el que (cada vez más desde el fondo o desde la base de su propio ser) llegó a entrever (sobre todo a la hora de escribir a partir de los sesenta) que nada se pierde sino al contrario, si uno es tenaz y mantiene, «por la fe», el deseo del «don total».

Tal es el trasfondo de este capítulo sobre «la llamada apostólica» que vamos a desarrollar en lo que sigue, sobre todo para contrarrestar el hecho de que un capítulo de TF como la «Confesión de un intelectual», por otra parte tan interesante, no diga nada al respecto. De nuevo nos encontramos, en el caso de este texto, con una discreción que puede inducir a que el lector se equivoque en sus conjeturas. Fiado, en efecto, de un texto como la «Confesión de un intelectual», el lector comprende el itinerario del «retour à la terre» de Légaut sobre todo como fruto de su crítica de la Universidad y como reacción suya frente al descubrimiento de su «falta de carácter» durante la guerra; lo cual es verdad, pero no es toda la verdad. Falta la evolución del grupo y la evolución del propio Légaut en relación con el grupo y consigo mismo, que son factores en los que es fundamental la inte-

---

(<sup>45</sup>) Légaut, en 1962, en un momento de su topo sobre la "Historia del grupo" (p. 49), se pregunta, en efecto, si no hubiera tenido que hablar antes, en lo que ya había publicado, del proceso de crisis del grupo y de lo que esto influyó en su evolución.

lección del cristianismo <sup>(45)</sup>.

*El abandono de Perret*

Pasados los breves años fundacionales, inmediatamente anteriores y posteriores a la muerte de Portal, años encendidos y llenos de vigor, de proyectos y de resultados, el grupo reducido de los que se habían comprometido con Légaut a permanecer como seglares pero llevando una vida célibe y casi monástica, dedicada a la búsqueda espiritual y científica, y asimismo a la animación del grupo más amplio, fue disminuyendo hasta que se terminó. Este núcleo sólido había sido primero de siete «camaradas», luego de cuatro, de los cuales, uno se casó pronto, otro, Martel, falleció de tuberculosis, con treinta años, de modo que, al final, a partir de 1930, sólo quedaron dos, Légaut y Jacques Perret, tándem que, poco después, se truncó cuando, tras siete años de estrecha colaboración, éste último le comunicó a Légaut que se casaba.

Este es el hecho, con su doble cara: un bello comienzo y un final distinto del previsto. Ahora bien, ¿dónde está la reflexión sobre él?, ¿dónde habla Légaut, aunque sea indirectamente, de este grupo reducido de jóvenes, ferviente e ilusionado, en torno a Portal, y de la amistad entre ellos, al menos por un tiempo, hasta que la vida los separa? La respuesta es que, propiamente, aun siendo TF y ECH sus obras centrales y ya maduras, en ninguna de sus páginas habla Légaut de esta situación con el suficiente detenimiento como para pasar, d'orianamente, de la anécdota a la categoría. En efecto, si buscamos en ellos, comprobaremos que, así como Légaut ya habla en TF, y más aún en los dos tomos de ECH, del papel del «mayor» respecto del «joven» y viceversa, en ninguno de ellos habla, de forma parecida, de una relación de igual a igual que sea de la misma calidad y del mismo orden que la paternidad y la filiación espirituales, es decir, que sea de

---

<sup>(46)</sup> El papel de la "paternidad espiritual" (ver TF, cap. 2 y HBH, cap. 11) no es sólo el de ser, tal como Platón decía de Sócrates, "comadrona" al comienzo o "tábano" en determinados momentos (y sólo en el plano intelectual, del pensar y del decir,

mayor calidad y calado que la mera camaradería ideológica, de la que sí que habla <sup>(46)</sup>.

La razón de no hablar ni en TF ni en ECH de una relación de igual a igual en un nivel hondo, y de hablar, en cambio, de la camaradería ideológica, es, probablemente, este fracaso del grupo (del grupo reducido sobre todo, aunque en seguida hablaremos también del del grupo amplio). Difícil es, en efecto, que un grupo así continúe mucho tiempo. Más frecuente es que tenga un final difícil de digerir. Lo que se creía una amistad para toda la vida, y una auténtica fraternidad en la que todo se iba a poner en común, luego no resulta serlo, y cada uno marcha por su lado no sin que se den disensiones y rupturas, al menos por el momento, de modo que la capacidad de saborear y de nutrirse del hecho de que cada uno ha continuado a su modo el camino del «don total» es un fruto que sólo se descubre y se aprecia al cabo del tiempo, tras una distancia considerable que haya permitido consolidar el recto sentido de la autonomía y de la soledad de cada uno, correlativas de unas auténticas y prolongadas

---

o en el moral del hacer), sino el de ser el referente de otro siempre, en el orden de la memoria, pero con un modo de "estar presente sin hacerse presente" muy distinto del del "director de conciencia" o del "acompañante psicológico". Es verdad, sin embargo, que Légaut calificó su misión como de "éveilleur" de otros, lo cual es sin duda afín a lo que decía Platón de Sócrates. No obstante, Légaut oponía "éveilleur", sobre todo, a "fundador". Sin duda lo hacía pensando en la imagen del "sembrador", y en que la misión de Jesús no fue fundar si por "fundar" se entiende legislar y dejar establecida una institución, de forma inamovible y una vez por todas, tal como la jerarquía piensa y presenta invariablemente la obra de Jesús, es decir, siempre en función ella misma y de consolidar su poder y nunca de poder dirigirse personal y directamente a los hombres. Hay, con todo, otro sentido de "fundar", lo mismo que lo hay para los términos de "origen" o de "principio" más allá del mero comienzo temporal o de la mera cima lógica. En este sentido preciso, el breve tiempo que Jesús pasó con sus discípulos fue "fundacional", y Jesús fundó y es el origen y el principio del cristianismo por ello, tal como Légaut lo comprendió, con un sentido muy vivo y real de la analogía, al concienciar lo que supuso para ellos el tiempo fundacional, primero con Portal y luego sin él; tiempo que, sin embargo, pronto cuajó en una forma que luego hubo que transformar.

relaciones a partir de una base humana suficiente. Entre tanto, perdura la nostalgia y la idea idealizada de un grupo y de una camaradería iniciales que, como el amor naciente o como la paternidad de autoridad, tiene que sufrir una gran transformación para no agostarse y poder llegar a “ser” más allá de la mera memoria del puro pasado. Tal es la razón de que, en todo caso, si en algún sitio de estos tres libros habla Légaut, indirectamente, de este grupo nacido en torno a Portal y de su evolución posterior (pasando, en cierto modo, de la anécdota a la categoría, como decíamos), este sitio es este capítulo veinticuatro, cuando evoca los bellos comienzos y su deriva posterior.

Únicamente diez años después, en 1981 y en DS, Légaut introduce expresamente la «amistad espiritual» entre las relaciones fundamentales del hombre <sup>(47)</sup>. Tanto el hecho de que hable de ella por primera vez en este libro como el silencio anterior son significativos a la luz de la marcha de Perret y del declive del grupo amplio (del que hablaremos en seguida). Ambos datos son una prueba más de que los escritos de Légaut reflejan su trabajo constante de apropiación de su propia existencia. La mención de la «amistad espiritual» en DS y no antes indica que su labor de autoconocimiento estaba todavía en acto a los ochenta y tantos años. Durante los años anteriores a DS, sus lectores quizás habían querido saber, el grupo de Mirmande seguro que había influido en él, y probablemente había habido quien, a partir de sí mismo, había encontrado a faltar este elemento en sus escritos y se lo había dicho. De modo que Légaut, cada vez más libre de autodefensas y más capaz de responder a las “llamadas” suscitadas en él por estos requerimientos, fue buscando y encontrando la forma de extraer, de dentro de sí, transformados, los recuerdos

---

<sup>(47)</sup> Ver DS, p. 90-92.

<sup>(48)</sup> Machado diría que este trabajo espiritual de rememoración de Légaut es como la labor de las abejas, que consiste en hacer, «con las amarguras viejas, blanca cera y dulce miel» (LIX). En este sentido, es significativo, por ejemplo, el modo como Légaut recuerda, en octubre de 1990, el destino de un antiguo camarada diametral-

(<sup>48</sup>). Y, en cuanto al lugar en que Légaut introdujo este nuevo concepto, el hecho de que en DS sitúe la «amistad espiritual» después de las relaciones familiares fundamentales y antes de la paternidad y filiación espirituales, así como que mencione que es raro que dicha amistad perdure, indican que Légaut pensó, todavía entonces, en los primeros años de su grupo.

Con todo, aunque el silencio sobre la «amistad espiritual» como categoría había sido completo antes de DS, el silencio acerca de los hechos no lo fue tanto. Si buscamos en los libros posteriores a los tomos de 1970-71 y anteriores a DS, encontramos lo siguiente: primero, que, acerca de la marcha de Perret, Légaut no habla en QR, que es de 1972 (<sup>49</sup>), aunque sí de M. Portal (de hecho, en este libro es donde Légaut menciona por primera vez su nombre y su influencia tanto en él como en el grupo), y, segundo, que, en cambio, en PPC, de 1976, sí que habla de esta ruptura, aunque sólo sea una vez y nombre a Perret únicamente con sus iniciales (<sup>50</sup>). Esta parquedad hay que entenderla bien porque hablar poco de algo no significa necesariamente que no se trate de lo más importante sino al contrario. En un momento dado, en efecto, Légaut dice del “abandono”

---

mente opuesto a él en su actitud ideológica. A pesar de su "error", Légaut "salva" a su excompañero por su indudable actitud de entrega sincera y total. Al parecer, este antiguo compañero se hizo dominico y fue de los que, "capitaneados" por el P. Garrigou-Lagrange, denunciaron la "nouvelle théologie" de algunos jesuitas y dominicos franceses, en los años cuarenta y cincuenta, como un nuevo brote de modernismo. Después, este excompañero fue colaborador de Monseñor Lefevre, y, al final, Légaut tenía noticias de que formaba parte de un grupo cismático e iluminado, con sede en España, en el que le habían ordenado obispo... (Hay transcripción de la sesión en que Légaut cuenta esta historia).

(<sup>49</sup>) En QR, p. 54, Légaut sólo menciona a Perret al hablar del libro de meditaciones que compusieron juntos (*Oraciones de un creyente*, de 1933 [Hay traducción en castellano de 1975]). Ver más abajo la nota 53.

(<sup>50</sup>) De nuevo la tensión entre la discreción y la indispensable comunicación de lo necesario para que todo quede suficientemente dicho y nadie pueda verse inducido a equivocación por falta de datos, al menos cuando considere el conjunto.

de Perret nada menos que esto:

«Esta última partida *fue para mí más dramática* incluso que la muerte de Monsieur Portal»<sup>(51)</sup>.

Esta confesión está al final de dos párrafos de PPC que merecen citarse:

«Trabajé mucho al comienzo con J. P. Durante siete años colaboramos de la forma más íntima. Él me abrió al ámbito de lo literario, a mí, pobre científico. Es una de las personas más religiosas que he conocido. Yo le llevaba cuatro años. Él todavía estaba en la Escuela cuando empecé a enseñar. Cuando acabó, lo nombraron profesor en Montpellier. Ha terminado su carrera profesional en la Sorbona. Con el tiempo evolucionamos en direcciones diferentes.

De mis compañeros, Martel murió en 1930; otro nos había dejado antes.

---

(51) PPC, p. 52. Por nuestra parte, llamamos "abandono" a la "partida" de Perret por colocarnos, sobre todo, en el punto de vista de Légaut que, sin embargo, no emplea este término. Este reconocimiento, en PPC, en 1976, de lo dramático que fue la marcha de Perret para él no fue sin embargo el primero. En una ocasión anterior, Légaut reconoció también el carácter dramático de esta "partida". Fue catorce años antes, en 1962, ante el grupo de amigos que se reunían los veranos en Les Granges. Fue durante una charla cuyo texto se conserva y ocupa cincuenta y nueve folios y se conoce como la "Historia del grupo". Légaut abordó en ella todos estos temas para que su versión quedara clara al menos ante el grupo, frente a otras versiones publicadas por antiguos camaradas como G. Soulages o G. Rosset. Ojalá podamos traducir un día al menos lo principal de este documento en el que Légaut, entre otras cosas, habla con una sinceridad admirable acerca de su vida afectiva de aquellos años y de su situación ante el grupo. Este documento prueba que ya en aquella fecha Légaut tenía resuelta y clara para sí aquella crisis entre Perret y él. Lo que no tenía resuelto era la forma de incorporarla en su obra en el plano d'orsiano de la "categoría", para lo que, probablemente, tuvo primero que hablar de ella, en 1976, en el plano de la "anécdota". Antes de poder incorporar la "amistad espiritual" en las relaciones humanas fundamentales, Légaut debió de ir comprendiendo hasta qué punto su historia no se comprendía bien sin aquella "prueba", y debió de ir planteando cómo mencionarla sin molestar al antiguo amigo. En relación con el tándem Légaut-Perret, sería interesante traducir asimismo, para calibrar la influencia del mismo entre la juventud universitaria francesa de los años veinte, el artículo que el filósofo Étienne Borne publicó en *Le Monde* en 1992, con ocasión de la muerte de Perret, dos años después de la de Légaut, en homenaje a ambos.

El tercero se casó. De tal modo que, del núcleo inicial, quedé yo solo, soltero por convicción religiosa, en la que se mezclaban, hay que confesarlo, fuertes prejuicios espontáneos contra el matrimonio, cultivados por otra parte *con no menos fuerza* en los medios eclesiásticos de la época. Esta última partida fue para mí más *dramática* incluso que la muerte de Monsieur Portal»<sup>(52)</sup>

La redacción de estos dos párrafos es peculiar. Hay en ellos un cierto desorden que impide captar, en una primera lectura, que el «J. P.» con el que Légaut trabajó «durante siete años», tal como dice el primer párrafo, sea el «tercer» compañero del que se dice, en el segundo párrafo, que «se casó» y que dejó a Légaut «solo, soltero por convicción religiosa, etc.». Por otra parte, las frases breves, un tanto telegráficas, que sin duda responden a que se trata de una entrevista, también pueden reflejar el esfuerzo de Légaut por hablar, por primera vez, de aquella ruptura. ¿Cómo extrañarse de que le costase si esta marcha fue para Légaut, como él mismo dice, más dramática que la muerte de Portal?

Dada la importancia de esta crisis (crisis que, como la que supuso la muerte de Portal, luego Légaut interpretó como saludable pues le llevó a romper amarras<sup>(53)</sup>), todavía podemos subrayar cinco detalles de estos dos párrafos. Primero, el elogio que Légaut hace de J. P.

---

<sup>(53)</sup> Sobre la ruptura con J. P., ver, en la "Historia del grupo" de 1962, p. 36-37.

<sup>(54)</sup> La importancia del papel de Perret junto a Légaut se puede apreciar por un dato concreto que, en una nota anterior, hemos mencionado de paso: Perret fue coautor con Légaut del primer libro firmado por éste (*Oraciones de un creyente*, de 1933). Se trataba de un libro surgido a partir de una de las actividades nucleares del grupo a la que les animó M. Portal (meditar juntos los Evangelios), y a partir de la difusión de estas meditaciones y del liderazgo en común del grupo amplio. Antes de la guerra, Légaut publicó otros dos libros que le ayudaron a entrever la posibilidad de dedicarse a escribir más que al grupo (*La condition chrétienne*, de 1937, y *La communauté humaine*, de 1938). Cuando se publicó este último, el primero había llegado, en cinco años, a la edición vigésimosexta y el segundo, a la novena.

<sup>(55)</sup> Perret evolucionó muy pronto, incluso antes de la guerra, hacia posiciones menos radicales que Légaut, y menos críticas también ante la Iglesia y la doctrina. En 1971 (es decir, por las mismas fechas de la publicación de ECH), Perret participó, como algunos otros conocidos de Légaut y antiguos del grupo, en el movimiento de



(«es una de las personas más religiosas que he conocido»). Segundo, la complementación que había entre ellos cara a la tarea que tenían entre manos («me abrió al ámbito de lo literario, a mí, pobre científico»<sup>(54)</sup>). Tercero, el distanciamiento paulatino por razones distintas de las de la crisis («evolucionamos en direcciones diferentes»<sup>(55)</sup>). Por otra parte, supuesto que este compañero había jugado un papel tan importante en el grupo y en su propia evolución, Légaut tenía que nombrarlo, aunque a él personalmente le costase y aunque tuviese que implicar a otro sin consultarlo. De ahí, probablemente, las iniciales que, por cierto, dieron pie a un pequeño error tipográfico en la

---

intelectuales católicos franceses denominado "Fidélité et ouverture", que celebró un congreso en Estrasburgo, donde participaron J. Guittou, G. Marcel, G. Soulages, De Lubac, Danielou, Nédoncelle, O. Cullman, Y. Congar y otros, y cuya intención fue salir al paso y reaccinar ante los excesos de algunas tendencias del primer postconcilio, sin duda debidas al corsé anterior de tantos años, cosa que este grupo comenzaba a olvidar. Hay un libro de 1972, del mismo título que el Congreso, que recoge las comunicaciones y ponencias.

(56) En cuanto al uso de iniciales: sólo en esta ocasión empleó Légaut iniciales en sus libros, y no cabe duda de que lo hizo por discreción, dado que Perret vivía todavía, que era Légaut quien decidía hablar de esta ruptura, pues lo veía necesario para que se comprendiese bien su itinerario pese a que era delicado dar inevitablemente su versión sin que el otro pudiese dar la suya, y dado que, además, Perret había seguido un camino distinto en el plano de las ideas. En cuanto al error tipográfico: la primera edición de PPC, de 1976, reeditada con las mismas planchas en 2000, dice en su p. 40: "J'ai beaucoup travaillé au début avec J. P. Durant sept ans nous avons collaboré de la façon la plus intime...". Como se puede apreciar, entre las iniciales hay un espacio en blanco, lo que significa que "J." es inicial de nombre (Jacques) y "P." de apellido (Perret) y, por otra parte, el punto de detrás de la "P" tenía dos funciones (punto de "letra mayúscula inicial" y punto de "punto y seguido"). En la segunda edición de PPC, que es 1990 pero que no se pudo hacer con las mismas planchas porque Légaut revisó el texto, en su página 52, se introdujeron dos sutiles variantes. En efecto, el copista suprimió, primero, el espacio en blanco entre "J." y "P.", con lo que las iniciales "J.P." pasaron a ser de nombre compuesto ("Jean Paul", por ejemplo) lo cual, en segundo lugar, arrastró al copista a interpretar (a causa, además, de que el punto de detrás de la "P" tenía dos funciones) que "Durant" era un apellido, lo cual, a su vez, le llevó a introducir una coma después, como de final de oración, con lo que la lectura cambió: "J'ai beaucoup travaillé au début avec J.P. Durant, sept ans nous avons..."

reedición del libro <sup>(56)</sup>. Y subrayemos, por último, lo que más nos puede interesar en relación con este capítulo veinticuatro que comentamos: que Légaut reconoce, al final del segundo párrafo, lo peculiar de su situación de «soltero por convicción religiosa», en la que «se mezclaban, hay que confesarlo, *fuertes prejuicios espontáneos contra el matrimonio, cultivados por otra parte con no menos fuerza en los medios eclesiásticos de la época*», medios que son, precisamente, los que Légaut examina en «La llamada apostólica».

### *El declive del grupo y Légaut ante él*

1. Hemos nombrado de paso un componente esencial de este período en el que ahora debemos fijarnos. La razón es que fue el telón de fondo de la vida de Légaut. Nos referimos a la evolución del grupo amplio, que externamente se consolidaba y crecía pero que, internamente, a juicio de Légaut, perdía vigor. Sobre esta evolución, menos patente que el final del grupo reducido, hay una frase de Légaut de 1945 que recuerda el párrafo del capítulo veinticuatro,

---

("Trabajé mucho al comienzo con J.P. Durant, siete años colaboramos etc."). De suyo, siendo coherente con sus correcciones, el copista hubiera tenido que poner no una coma si no un punto detrás de "Durant", y "siete", en mayúscula... Este error, como puede verse, no es importante, pero confirma que estos párrafos son difíciles de seguir por alguien no "iniciado". Aparte de que hay que comprender que es imposible que errores así no sucedan, máxime con la presión, de fechas de entrega sobre todo, con que se trabaja en artes gráficas, y dado el "factor humano" (tan importante para remediar otras cosas que las máquinas no remediarían).

A propósito de estos errores tipográficos en cadena, Francisco Rico cuenta un caso que tiene su gracia: «un novelista español de nuestros días comparaba una vez la mollera de cierta semióloga con "el arca de Noé". La tinta se corrió un poco en esa línea, y una secretaria, al pasarla a máquina, mecanografió: "el arpa de Noé". El tipógrafo se dijo: "No, 'el arpa' no era de Noé..." De modo que no dudó en imprimir "el arpa de David"...», con lo que la semióloga acabó recibiendo un enigmático elogio (que su mollera fuese como el arpa de David) de quien había querido dirigirle, más bien, una puya. (Ver: Francisco Rico, *Breve biblioteca de autores españoles*, Barcelona, 1990, p. 302).

<sup>(57)</sup> Lettres des Granges, n° 2, § 4 (de enero-febrero de 1945).

citado más arriba, en el apartado sobre la posible equivocación del lector («No existe grupo joven más rico en esperanzas...»). La frase es ésta:

«Ver cómo con el tiempo un *bello comienzo* se funde en una *realización mediocre* es una constatación desconsoladora que da mucho que pensar» (57).

La semejanza entre esta frase y el párrafo antes citado y entre los declives que se describen, es una prueba más de nuestra tesis de que la reflexión sobre aquellos años está detrás de este capítulo veinticuatro.

Gabriel Rosset (un miembro algo más joven del grupo, procedente de la Normal de maestros) dice en sus memorias que la Escuela fue para ellos, futuros educadores de la enseñanza pública francesa, como un seminario laico en el que vivieron un clima exigente, de estudio y de encuadramiento, al que complementaron con la asiduidad al grupo que les reforzaba en su cristianismo, que entonces debían vivir de forma un tanto clandestina (58). Pese a este entorno estimulante, poco a poco vino el declive del grupo, debido al aumento del número y a la formación de las parejas, que era algo bien visto y que

---

(58) Dos testimonios de Légaut, uno del lado negativo y otro del positivo, abundan en la idea de "seminario" de la Normal y del tiempo que pasaron en ella. En la "Historia del grupo", en la p. 7, dice Légaut: "Éramos seres abstractos, que consagrábamos la mayor parte de nuestro tiempo al estudio dado que entonces apenas si se salía de la Escuela. Era casi un monasterio...". En el "Testimonio sobre M. Portal", leemos: "Pasar por la Escuela Normal Superior deja un recuerdo feliz en la memoria de todo alumno de la misma. Especialmente para nosotros los cristianos de aquella Escuela, este período continúa siendo una etapa excepcional de nuestra vida religiosa. El grupo Tala, Monsieur Portal, las amistades cristianas anudadas en aquella época dieron a estos pocos años de nuestra juventud lo esencial que hubo que hacer fructificar durante toda la vida de después".

(59) En verano llegaban a reunirse alrededor de ochenta personas en las casas de vacaciones que alquilaban en Auvernia. Durante los meses verano, estaban allí fijos los más dedicados al grupo, y el resto iba a pasar una o varias semanas. Lo mismo se hará en Les Granges desde 1947 a 1965 y, a partir de esta fecha, en La Magnanerie de Mirmande.

(60) El grupo seguía teniendo sentido y siendo útil dado que los enseñantes

era un desafío integrar tal como lo hacían pues, de hecho, ningún otro grupo juvenil cristiano de entonces se lo planteaba. El grupo amplio había crecido <sup>(59)</sup> y había comenzado, desde 1927, a ser mixto, cosa novedosa para la época y que llevaron a cabo gracias a su singular independencia, inculcada por Portal. Las chicas de la Normal de magisterio se habían incorporado al grupo y, con el tiempo, la gente se fue casando pero continuando en el grupo <sup>(60)</sup>.

2. A todo esto, Légaut, que había quedado solo como referente de todos, fue teniendo inevitablemente la impresión, más que de estar completamente absorbido por la tarea de animar a un grupo de búsqueda y de apostolado lleno de entrega, de estar completamente ocupado en tener que atender a un buen grupo «parroquial» cuyo creciente espesor humano, en número y en diferencias de edades y de situaciones, repercutía en detrimento de la dedicación a lo expresamente intelectual y espiritual, que había sido el objetivo del comienzo.

---

católicos se movían en un medio laico un tanto hostil (ver, al respecto, las palabras de Légaut a propósito de Jean Guitton en este mismo Cuaderno). Acerca de lo novedoso que era un grupo mixto, léase, como contraste, este fragmento de una Encíclica de aquellas mismas fechas: «Igualmente *ha de tenerse por erróneo y pernicioso para la educación cristiana aquel método de formación de la juventud que llaman vulgarmente coeducación...* Uno y otro sexo han sido constituidos por la sabiduría de Dios para que en la familia y en la sociedad se completen mutuamente y formen una conveniente unidad, y eso justamente por su misma diferencia de cuerpo y alma, que los distingue entre sí, diferencia que, por tanto, debe mantenerse en la educación y formación, y hasta favorecerse por la conveniente distinción y *separación*, adecuada a las edades y condiciones. Y estos preceptos, que dicta la prudencia cristiana, han de guardarse en su tiempo y ocasión, no sólo en todas las escuelas, señaladamente durante los *años inquietos de la adolescencia*, de los que depende totalmente la marcha de casi toda la vida futura, sino también en los *ejercicios de gimnasia y deporte*, en los que debe atenderse de modo peculiar a la cristiana modestia de las niñas, de las que gravemente desdice cualquier exhibición y publicidad a los ojos de todos...» (De la Encíclica *Divini illius magistri* de diciembre de 1929, sobre la educación de la juventud. Denzinger, 1963, p. 543-4, n° 2215).

(<sup>61</sup>) Légaut habla, en este cap. 24, del «*secreto desequilibrio* [que] se da en la mayoría de [los sacerdotes que] no son centro de una reducida comunidad de fieles profundamente religiosos». Portal fue centro de una comunidad así, pero Légaut confie-

Esto no sólo llevaba a Légaut a diagnosticar el declive del grupo sino a juzgar que él no había sido capaz de hacer lo que Portal había logrado <sup>(61)</sup>. Al mismo tiempo, se le fue haciendo cada vez más patente que hacía tiempo que había perdido –precisamente por dedicarse de lleno al grupo desde 1925– su entusiasmo por las matemáticas y por la enseñanza académica; lo cual también le dejaba en falso, con ganas de cambiar de trabajo.

Por otra parte, Légaut, al vivir esta situación sin mandato, sin ministerio reconocido, sin profesión pública de su compromiso y sin una comunidad estable con la que compartirlo, conoció pronto, falto de estas ayudas y por eso mismo sin los elementos que suelen disimularlo, el límite al que, salvo «raras» y «felices» excepciones, suele llegar una existencia entregada y vinculada, de una forma demasiado concreta, adoptada demasiado pronto –es decir, mucho antes de poseerse y de conocerse–, a una obra a la que, poco a poco, para sostenerse uno mismo en pie, se endiosa hasta convertirla en un absoluto que pasa por delante de la propia búsqueda espiritual y de Dios mismo.

Pasados los primeros años de Les Granges, Légaut analizó, por primera vez en público, su situación de los años treinta frente al grupo y a su trabajo, y confesó su endiosamiento del grupo. Lo hizo, a nuestro modo de ver, en uno de sus textos más decisivos. Fue en la segunda de las cinco «Cartas desde Les Granges» que Légaut escribió a los veteranos del grupo en enero-febrero de 1945, cuando terminó la Guerra, y la gente pudo volver a viajar y los antiguos planearon reunirse otra vez en un retiro en Montmartre.

El primer fragmento que vamos a transcribir (síntesis de cinco

---

sa que él no lo pudo ser en su grupo: «El proyecto [de la comunidad] se fue modificando a lo largo del camino. *Yo tenía una visión muy monástica* que no se realizó. La dificultad que yo no superé fue, para el grupo, a medida que se desarrollaba, la de mantener el vigor religioso de partida. La experiencia demuestra que hay pocos hombres que sean capaces de reunir y de hacer vivir un grupo que guarde la creatividad de los orígenes, de forma que dure lo suficiente como para arraigarse. *Yo no fui digno de ello*» (PPC, p. 52).

párrafos de esta carta) es sobre su crisis ante la universidad (la institución civil ante la que Légaut se plantea los mismos conflictos –entre vocación, función y misión– que pueden darse ante una institución religiosa). Este tema –como ya hemos dicho– fue el único que llegó al lector a través de la «Confesión de un intelectual», por lo que pudo inducir a apreciaciones inexactas sobre la biografía de Légaut pese a ser, en parte, verdaderas.

«Con veinte años yo era un estudiante apasionado por el estudio de las matemáticas [...]. A decir verdad, si al principio fui un profesor aceptable, enseguida me volví un investigador estéril y, lo que es peor, pronto perdí el interés por mi ciencia [...], lo cual era absolutamente necesario para hacer bien mi trabajo y encontrar en él los elementos de estabilidad, armonía y plenitud que, en el plano natural, son tan necesarios para el edificio sobrenatural [...]. [...] No se trata sólo de la observancia moral del deber de estado. Me refiero a la interdependencia casi física entre el oficio y la vida espiritual, entre el don de sí que el hombre hace en el trabajo y el don de sí a Dios. Reducir el oficio a un simple medio de sustento es un grave error. Reducirlo a ser el medio por el que uno adquiere la libertad de hacer otra cosa, aunque sea la mejor, es también un grave error. Si el hombre no recibe de su trabajo, a lo largo de su vida, [...] un apoyo para toda clase de virtudes naturales, le falta la consistencia sin la que la obra sobrenatural siempre será vaga y ambigua. [...] A decir verdad, yo no tenía oficio ni tampoco la gracia de estado de un hombre consagrado a Dios. [...] En estas condiciones, perseverar en un oficio cuyo sentido humano se ha perdido [...] no es digno de un hombre y es, además, pecar en el orden del espíritu. [...] Para curar esta herida por la que mi alma cristiana se agotaba, tenía que encontrar un trabajo que fuese verdadero para mí, en el que pudiese creer y entregarme a fondo [...] (§ 5-9)»

En los párrafos siguientes, Légaut va más a fondo en su crisis. Prescindiendo de la cuestión particular de Perret y de su vida afectiva, que Légaut no menciona en estas cartas, sí que aborda el punto capital de su «idolatría» del grupo. Como hemos dicho, a nuestro modo de ver, este “momento” es capital en el itinerario y en la obra de Légaut. La distinción cortante, urgente, exigente, que Légaut establecerá, no como intelectual sino como espiritual, es decir, como hombre de itinerario y no de doctrina, entre creencias y fe, entre ideas sobre Dios y Dios mismo, y entre pertenencia indispensable a un cuerpo social religioso y fidelidad esencial a sí mismo y a Dios, remite

a este momento.

«Pero vayamos más lejos. *A nuestro grupo, yo lo he querido en exceso, con un amor exclusivo [...]. Obra de mi vida, se convirtió en el centro de la misma. Creció hasta ser el apoyo de mi vida. Dios quiere ser, él solo, el apoyo y el centro de la vida de los suyos. La obra que se hace por Dios, aunque se haga por estar llamado [...] a hacerla, debe permanecer en segundo plano. Es una desviación terrible sustituir, poco a poco, en el alma, a Dios por la obra de Dios mismo. [...]* De este modo se acumula un débito tanto más gravoso y abocado a la quiebra cuanto más valor se tiene para demorar la fecha de su vencimiento. Al final hay que ceder. Y, si no llega a faltar el valor para consentir en un nuevo sacrificio de repente, es el mismo deseo de actuar y de vivir el que se ve afectado. *El escepticismo sucede a la idolatría.* No es pequeño el vértigo que le coge a uno a los cuarenta años cuando se ve sin familia, sin nadie verdaderamente cercano, sin entorno de veras consistente, en medio de un grupo al que todo dispersa, al que mil encuentros sumergen, mientras, durante quince años, [...] se ha hecho de él la familia de uno, la comunidad fraterna que debe permanecer toda la vida unida, completa, densa, religiosa; donde es bueno vivir porque uno se siente en ella comprendido, querido, rodeado y ayudado, sin separación posible y para siempre [...]. [...] Nunca hubiera tenido el valor de dejar esta obra [...] si la guerra no hubiese venido a arrancarme de ella. Cuando miro al pasado, veo que hubiera tenido que partir en varias ocasiones antes [...]. (§ 10-11)»

Ciertamente, tal como él mismo había dicho en el párrafo cuarto de esta misma carta, «ver cómo con el tiempo un *bello comienzo* se funde en una *realización mediocre* es una constatación desconsoladora que da mucho que pensar». Sin embargo, «pensar» –y «mucho»– fue el camino para concluir la serie de aquellas cartas con un giro en su interpretación y en su valoración de la «mediocridad» en que había terminado el «bello comienzo»:

«La rupturas, las faltas, los sufrimientos del corazón, todo debe unificarse en el presente. Vejez es voluntad de renegar del propio pasado [...]. Juventud

---

<sup>(62)</sup> Fragmento del final de la intervención de Légaut en Montmartre a los veteranos del grupo reunidos por primera vez después de la Guerra. También intervino en aquella sesión el P. d'Ouince sj.

<sup>(63)</sup> «Si, en 1940, compré Les Granges, no fue sólo porque quería retomar personalmente un trabajo manual sino porque también pensaba que este tipo de traba-

es tomarlo y unificarlo sin vacilación ni rechazo [...]. Yo fui un suscitador de almas. Ahora ya no me creo necesario. Pero puedo estar cerca y ayudaros a retomar las cosas y unir el pasado al presente. [...] *El grupo no es sólo un bello recuerdo, es una realidad en potencia*» (62).

3. No obstante, antes de estos párrafos de 1945 acerca de la “idolatría” del grupo, Légaut ya entreveía por dónde podía apuntar el cambio de su vida y del grupo. La idea del trabajo manual ya había surgido y se había comenzado a practicar durante los veranos (63). Por otra parte, su actividad como escritor, que había continuado sin Perret por lo que tenía de personal, ya comenzaba a decirle más que su «función» en el grupo pese a que éste y la búsqueda de nuevas posibilidades comunitarias siempre continuaron presentes, como veremos. Además, estaba también el mundo privado de sus relaciones y afectos, que se estaba moviendo lentamente; mundo privado que, sin embargo, Légaut pensaba que, le diese la forma que le diese, iba a repercutir en el devenir del grupo dado que en éste se tenía una idea prestablecida sobre su papel en él.

Hay una carta, fechada en noviembre de 1936 y dirigida al P. Charles Racine (un joven jesuita matemático que el P. d’Ounce le presentó y que había partido hacía poco para la India), en la que Légaut habla de los cambios que entrevé para sí. No es fácil explicar sobre la

---

jo, hecho en grupo, era indispensable para que una comunidad viva su equilibrio, encuentre un segundo aliento y redescubra el fervor del comienzo, convenientemente adaptado a las condiciones nuevas», dirá en 1976 (PPC, p. 55); con lo que confirmará algo que ya escribía en una carta de 1940: «En cuanto a mí [...], si, dentro de algunos años, se instalan, de una forma u otra, algunas familias, aunque sólo sean jubilados, en una comunidad cristiana y campesina, esto me compensará...» (tomamos la cita, sin más referencias que la fecha, de *De Scott, 1984*, p. 84).

(64) No obstante, todo este proceso es el que engendrará al Légaut maduro. Asumir las propias cuestiones, resolver uno mismo los propios problemas, o al menos intentar afrontarlos cada vez con menos trampas y cuanto más a fondo mejor (QR, p. 39-40), es condición necesaria de toda “paternidad espiritual” que, como él mismo dirá a sus ochenta años, más que discípulos, suscita a su vez maestros: «*En la sociedad de los espirituales no hay rango: cada uno es único y nadie es comparable con nadie.*»



marcha lo que le pasa a uno si lo que se remueve y se replantea, de arriba abajo, es aquello en lo que se ha centrado la vida hasta el momento y a lo que uno se ha entregado. Sin embargo, Légaut se esfuerza en ello. Por eso estos párrafos que siguen son notables pese a que Légaut necesitará del estallido de una guerra y de más años aún para consolidar su nueva forma de vida y su perspectiva sobre ella <sup>(64)</sup>.

«Una segunda realización que cuenta mucho para mí es acabar mi segundo libro, *La condición cristiana*. [...] Por ahí, más que por el grupo, me siento llamado a dar fruto. El grupo ya no es para mí lo que era: una comunidad que me ayuda a vivir, una colaboración intelectual. *Desde la marcha de quien usted ya sabe*, y debido a la formación de parejas, por otra parte estupidas, pero que tienen su ritmo propio, *me siento llamado a superar el grupo, igual como he tenido que superar el afecto que sentía por mi amigo*, de manera que llegue a no apoyarme ya más ni en uno ni en otro para vivir. *Ésta es una de las partes más dolorosas de mi vida*. Sólo escribiendo encuentro una especie de compañía. Pensando en un público, encuentro la paternidad que necesito [...].

Un peligro para mí: el endurecimiento. Lo siento con fuerza. Durante estas vacaciones en Chadefaud, he conocido, por primera vez, una lasitud que rebasaba lo psicológico, un deseo de huir, de seguir un camino solitario, en contacto inmediato con la naturaleza salvaje. Ignoro por completo lo que esto presagia. Literalmente, mi vida es demasiado independiente respecto de los marcos sociales como para conocer estabilidades impuestas desde fuera. Me siento menos disponible interiormente que capaz de vagabundeo y de viaje espiritual, pues hay en mí una atracción poderosa, que creo ser mi vocación; pero en el exterior bien pocas cosas hay que me lleven a tal o tal forma de vida salvo mi propia cobardía. ¿Quién me impedirá endurecerme? ¿Quién me ayudará a permanecer en el grupo de corazón, sin que se me considere un hombre “superior e impenetrable” sino un hermano? Un no sé qué quizá aparece en el horizonte, la gracia que sería mi salvación. Demasiado impreciso aún, demasiado improbable para que se lo diga.

Como ve, emerjo de un largo período de mi vida que comenzó al ingresar en la Normal. Salgo de estos quince años profundamente marcado, hasta el punto de sentirme extranjero por completo ante mis camaradas de promociones vecinas,

---

*Paternidad y filiación espirituales son relaciones que no se fundan en una jerarquía. El hombre necesariamente ha de conocer personalmente la filiación y la paternidad para alcanzar a lo largo de su vida la plenitud que le es propia» DS, p. 97.*

y también ante mis colegas y amigos. Delante de mí –lo noto– hay una tarea que cumplir, que supone esta preparación, este desprendimiento de la vida moderna después de haberla atravesado. Literalmente, siento miedo ante esta hora. Y cuando miro alrededor para rehacer una vida más normal, el hiato entre el ideal y la realización me parece que llegaría hasta socavar la noción del deber. Para que esto fuera posible sin repugnancia por mi parte, tendría que *volver a nacer y hacerme niño, o tendría que entrar en un retiro en el que nada del pasado me hubiese seguido.*

Mi vida consiste, a decir verdad, en una tensión hacia alguna cosa que ignoro, que me parece honestamente la “obra de Dios” con tal de cercenar de esta expresión todo lo que implica fatalmente de extrínseco, de relativo y de semejante a otras obras. Cuando capto esto directamente, conozco la presencia de Cristo en mí. Nunca me ha faltado luz salvo en las horas en que, por lo que parecía, mis tinieblas tenían que estallar en fracaso y en desastre para cuartearse. He conocido horas de emoción en que, literalmente, no comprendo lo que pasó en mí; pero el resto del tiempo he sabido lo que tenía que hacer y el tiempo confirma estas perspectivas. Siempre he tenido suficiente fuerza para dirigir el timón hacia al término escogido. Ésta es mi situación. Se lo escribo, padre, porque sé que me comprende; por eso se lo puedo escribir, lo cual no deja de ser un fruto inestimable de lo que nos une. Adiós. Le he hablado mucho de mí, pero creo que, sin mencionarlo, también le he hablado mucho de usted» (65).

La pregunta de por «quién» le impedirá endurecerse, al lado de un «no sé qué» que quizá despunta, queda en suspenso. Lo mismo que la constatación de una «repugnancia» y de la necesidad de «entrar en un retiro» que cortase con todo su pasado. Sin embargo, a la vista de estos datos, ¿cómo no recordar lo que escribió, en su capítulo de HBH sobre el amor humano, acerca del poder curativo de éste, y cómo no imaginar lo que debió de suponer para él poder vivir, esto nuevo, en el medio campesino que su mujer y él escogieron?

Casi al final de su intervención en el retiro de Montmartre de 1945, en un fragmento dirigido a sí mismo, Légaut, tras mencionar su nueva misión y su distancia del grupo y cuánto lo había llegado a querer, emite un juicio claro y positivo sobre su situación:

«Si por hipótesis has tenido respecto de tus hermanos, durante quince,

---

(65) Carta del 4 de noviembre de 1936, citada en *De Scott, 1984*, p. 75-77.

veinte años, una misión, ahora tienes otra cosa que hacer, otra misión. Cierto, nos reencontraremos siempre con igual fraternidad, pero, actualmente, tengo otra cosa que hacer, mientras que antes no tenía nada más. Las pasiones del corazón pueden ser tenaces; las de este género no proceden de nosotros y no pueden extinguirse. Hace seis años, no hubiera podido hablar así. La herida estaba demasiado fresca. Hubiera podido morirme... Pero no, este término es demasiado dramático, aunque sí que hubiera podido pinchar en serio. Tras seis años de exilio, puedo hablar de ello. *Estoy en un mundo nuevo que en todo es benéfico para mí...*»

En 1971, en un fragmento del cap. II de HBH, Légaut hablará – como decíamos– de la salud que opera el amor humano, que sana las situaciones dañadas de partida y que, sin duda, tiene que ver con este «mundo nuevo que en todo es benéfico» para él, del que habla Légaut pensando en su vida en Les Granges.

«En adelante, los tabús indiscutidos, autoritariamente establecidos por una colectividad sana para defenderse y proteger a sus miembros de su propio infantilismo y mediocridad, se quebrantan y pierden su carácter absoluto. No son ya más que barreras que no conviene derribar sino a sabiendas, a la luz de lo noblemente

---

(<sup>66</sup>) HBH, p. 42-43. Algunas otras citas, entresacadas de este mismo capítulo sobre "el amor humano", expresan también la transformación espiritual que pasa por asumir de lleno la base humana de las relaciones. Estos fragmentos, como el citado en el texto, adquieren valor e ilustran el trasfondo de este capítulo 24, a la luz del largo período que va de la crisis de 1933 hasta sus primeros años en Les Granges.

«Como si no pudiese palpar su esencia si no tomase contacto con la base animal común a todos a través de otro distinto de sí, el hombre parece que necesita romper las fronteras ordinariamente infranqueables que lo separan de los otros y hacen a éstos más extranjeros de lo que uno podría imaginar. A partir de esta unión de los cuerpos, *ayer mismo aún prohibida, desconocida o desdeñada*, donde se unen más las raíces que las cumbres, a la que *temía como a una caída en el abismo y al mismo tiempo deseaba como a una ascensión a una cima*, su existencia se le muestra, en las horas de claridad, como algo sencillo, natural, armonioso, consistente».

«Este conocimiento, *único en su género fuera de algunos casos particulares*, queda reservado al amor, y sólo en sus momentos culminantes. No es únicamente algo precioso para la maduración humana, también es algo estrictamente necesario. *Sin una captación de esta clase, en profundidad y como en directo, no existe, para el hombre, un prójimo real en el sentido riguroso del término; sólo hay vecinos, compañeros de camino, por más que se*

humano, observando las disciplinas socialmente indispensables. *Las aversiones y repugnancias juveniles, e incluso perversiones, causadas, casi necesariamente, por las lagunas de una educación incapaz de responder, exacta y oportunamente, a las más íntimas necesidades individuales, o causadas también por las ataduras de la vida común y los escándalos que la sociedad no escatima, la vida conyugal empieza a disiparlas.* Algunas heridas, ignoradas o mal interpretadas incluso por los mismos que las padecen, a partir de ahora van a poder ser aliviadas si no verdaderamente curadas. *¡Larga y delicada convalecencia! Tan difícil es para el hombre asumir con la ligereza de lo natural su animalidad sin causarle el más pequeño quebranto, como espiritualizarla.* Uno y otro esfuerzo se respaldan y se autentifican mutuamente en una vida conyugal auténtica. A pesar de las apariencias, no es fácil, ni para el hombre ni para la mujer, aun amándose con

---

*los quiera...* Por lo común, el amor humano permite acercarse a un prójimo verdadero sin requerir disposiciones ni encuentros excepcionales. De ordinario, es la primera vez que el hombre tiene uno. A menudo es también la única. Así, la unión carnal experimenta, por la fe de los esposos, una mutación de su fin inicial, un cumplimiento que la seguiría justificando incluso si el amor humano hubiera alcanzado su perfección.»

«*Cuando el hombre tiene la pretensión de ser espiritual según una idea a priori y cae en esa tentación que, para seducirlo, adopta aires de nobleza, no da a la naturaleza la oportunidad de manifestarse plenamente* y, además, al huir de ella, la esteriliza. Renuncia a usarla sin poder reemplazarla, y ésta le faltará sin remedio. Su amor se verá casi fatalmente condenado a vivir del pasado; a amortiguarse en una intimidad hecha de rutinas...» (HBH, p. 44, 50, 51).

A raíz de estos fragmentos, podemos recordar aquí aquel pensamiento de Pascal: «El hombre no es ni ángel ni bestia y el infortunio hace que el que quiere ser ángel acaba siendo bestia» (*L'homme n'est ni ange ni bête, et le malheur veut que qui veut faire l'ange fait la bête* (Pensamientos, ed. Lafuma, 678)). Igual que estos fragmentos de Légaut descubren, en definitiva, los límites y la lógica de adónde conduce una espiritualidad ideológica, el agudo y conciso "pensamiento" pascaliano descubre el desequilibrio del hombre, situado en la escala de los seres entre el ángel y la bestia, cuando no llega a fondo ni hacia Dios ni hacia su propia naturaleza y condición, y no asume su deseo más verdadero y su realidad más humilde.

(<sup>67</sup>) Dicha impreparación e ignorancia se prolonga hasta tiempos más cercanos. El obispo anglicano de Newark, J. S. Spong, todavía observaba recientemente, no sin razón, que la teología cristiana todavía no ha asimilado, por ejemplo, el descubrimiento del óvulo femenino en 1724 y no ha extraído las consecuencias que dicho descubrimiento debería suponer en la forma de comprender la doctrina de la encarnación, para la que la representación agrícola de la semilla depositada en la tierra resulta ya insuficiente y engañosa (ver: *Why Christianity must change or die*, Nueva York, 1998, p. 12).

verdadero amor, llegar a ser una sola carne» (66).

Sólo desde esta mirada de 1970, que ya tenía en 1962, pudo Légaut contar, a sus amigos su “Historia del grupo”, cómo la crisis que supuso para él el abandono de Perret se vio agravada no sólo por su impreparación en las cuestiones afectivas y en el trato con las personas del otro sexo, sino también por su ignorancia en materia de sexualidad, algo común en los jóvenes cristianos de aquella época y parangonable, sin duda, con la no menor ignorancia que tenían en materias más “académicas” como las debatidas durante la crisis modernista (67). Desde la misma perspectiva que en el tope de 1962, en 1976, Légaut se explicaba así:

*«Por mi parte, nacido en un régimen de cristiandad, sufrí, no sin graves consecuencias, el clima todavía fuertemente jansenista de comienzos de siglo XX, en el que todas las cuestiones que atañen a la sexualidad se resolvían silenciándolas y suprimiéndolas. Ninguna formación al respecto salvo la desconfianza que culminaba en algunas prohibiciones y tabús sacralizados. Ninguna alusión a estas cuestiones en las conversaciones con los padres, lo cual conducía, hasta una edad avanzada, a una ignorancia increíble sobre estas cuestiones. Recuerdo una lectura reciente que ejemplifica bien lo que digo. En una carta dirigida a Bremond, Blondel relata una reflexión de su hijo: “No deseo casarme con una mujer que esté siempre enferma pero, si el Buen Dios me da hijos, me casaría para que mi mujer me ayudase a educarlos”.*

Tengo setenta y seis años. Me casé a los cuarenta en condiciones particulares que nos permitieron, a mi mujer y a mí, iniciar una etapa radicalmente nueva en nuestras vidas, a pesar nuestras edades relativamente avanzadas y de nuestros pasados diferentes. Se trata de algo que hemos conseguido juntos. Con fe y con energía, ambos nos consagramos a volver a dar vida a esta tierra de Les Granges, adormecida y sin cultivar desde hacía veinte años. Este empeño común, con sus iniciativas, sus riesgos y sus fatigas, ha dado a nuestro amor una solidez humana, una fuerza que, apoyada totalmente en el afecto mutuo, ha permitido a cada uno ser él mismo en fidelidad a lo que debíamos buscar, pensar y llegar a ser. No hay dos amores iguales. Son tan diversos como las vidas individuales. Y, sin embargo, todos tienen ciertos rasgos comunes que parecen proceder de un orden propio, que se distingue del de la amistad y del amor pasión...» (68)

---

(68) PPC, p. 126-7 (citadas en el *Cuaderno* n° 13, p. 15-16).

4. Hay otra carta, cuatro años posterior a la dirigida al P. Racine, que es también interesante. Es de julio de 1940, es decir, de los días previos a la desmovilización, e incluye todos los factores que intervinieron en la crisis de Légaut. Además, esta carta indica, por un lado, la preocupación de Légaut por el grupo pese a todo y, por otro, una cierta frialdad racional, a la hora de plantearse la elección de estado, tras la que muy bien podrían esconderse, todavía, las prevenciones y los aprioris de la formación jansenista recibida, según la cual el matrimonio sería algo segundo desde el punto de vista espiritual.

Aparte de esto, Légaut alude también, en esta carta, a lo remota que era, para el grupo, la posibilidad de que él dejase de ser célibe. En este sentido, vale la pena recordar que hubo gente del grupo que, cuando se enteró de que Légaut se había casado con Marguerite Roussignol, en noviembre de 1940 en Montpellier, y que a los pocos días se habían ido a vivir a Les Granges, no podía dar crédito a lo que oía de tan inasequible como se tenía a Légaut, por lo que incluso hubo quien se lo tomó muy a mal, sobre todo entre las chicas.

«Para mí se planteaba desde entonces el tema de ir a vivir al campo. Mi vida continuamente viajera entre París y Rennes me cansaba cada vez más, me disipaba. La obra de París perdía paulatinamente cohesión, igual que la de Auvernia. [...] Ante mí, varias soluciones: o bien continuar, siendo consciente, sin embargo, de que esta perseverancia era la contrapartida de un pasado desaparecido más que una exigencia del presente, o bien marchar del grupo yendo a vivir bajo la forma eclesiástica o monástica. *A decir verdad, conozco demasiado estos ambientes como para creer que algo verdaderamente nuevo, verdaderamente vivo pueda salir de ahí a no ser que se les siembre desde fuera. Son los laicos los que harán vivir a la Iglesia; los clérigos no hacen más que mantenerla.* Y, si bien me sentía capaz de jubilarme en alguno de estos ambientes, todavía no me encontraba maduro para hacerlo. O bien tentar vigorosamente esta vida campesina apoyándome al máximo en mis posibilidades pasadas, en el grupo de ayer, pero comprometiéndome físicamente en una vida literalmente enterrada en mi rincón, a fin de ser el principio (amorce) vivo de la comunidad que siempre he soñado [...]. *Todavía quedaba entonces una elección que hacer en lo que a mí se refería: permanecer célibe o fundar un hogar.* La primera dirección tenía la ventaja de no chocar con lo que muchos pensaban sobre mí pues escon-

---

(<sup>69</sup>) *De Scott, 1984*, p. 82-83.

traban natural que yo tuviese “ese carácter sacerdotal” sin, por otra parte, ni mencionarlo siquiera. Tenía, en cambio, el inconveniente de hacer más difícil todavía este nuevo comienzo; y, caso de que yo lo hubiese llegado a emprender así, hubiera hecho de mí rápidamente un ermitaño desconectado del Mundo. Ser, era posible; pero pensé que esto no salvaría lo que podía aún salvarse del grupo. De modo que opté por la segunda dirección [...]»<sup>(69)</sup>.

#### IV

##### *Fidelidad*

El lector juzgará ahora si los datos que le hemos aportado, si las citas de Légaut que le hemos ofrecido son pertinentes, tal como a nosotros nos lo parecen, para comprender mejor desde dónde escribe Légaut acerca de «La llamada apostólica», es decir, desde qué espesor, de reflexión y de recuerdos, discurre acerca del «don total» y de cómo éste, diferenciado de sus formas habituales y por eso mismo mantenido tenazmente, en un contexto cultural distinto, como una cuestión abierta, va encontrando, poco a poco, su propia forma, ajustada de veras a cada uno.

Quizá lo importante haya sido, en este sentido, haber mostrado un poco cómo Légaut fue descubriendo lo que, en este capítulo veinticuatro, dice acerca de la fidelidad que va más allá de la perseverancia, y acerca de la tenacidad que incluye cambios que parecen huidas y abandonos; lo cual significa, entre otras cosas, que el grupo religioso nunca debe ser un absoluto para quien lo lidera o se dedica a él de forma que el precio sea eliminar todo lo que surge en uno mismo a lo largo del tiempo del propio crecimiento considerándolo como tentación sin mayor examen, simplemente porque, en un primer momento, parece un obstáculo y una merma de una supuesta disponibilidad, no de tiempo sino interior, para dicha dedicación o liderazgo.

*«La vida no transcurre tal como se anuncia en el alba de la juventud. Lo esencial –*

---

<sup>(70)</sup> PPC, p. 52-53.

cosa que no se descubre sino paulatinamente— *consiste en mantenerse firme*, incluso en las circunstancias más desfavorables, incluso en los tiempos de crisis —iy cuantos conocí de éstos! Lo esencial es permanecer fiel, cueste lo que cueste, a la propia misión; es superar las contingencias aceptándolas, e incluso utilizándolas mediante el *coraje tenaz* de adaptarse a las condiciones de la existencia, cualesquiera que sean» (70).

Tal es el gran cambio en la concepción de la vida espiritual y en el acceso a un Dios no separado del hombre que fermentó en Légaut. El examen de Légaut sobre su vida es la base de sus firmes distinciones entre fe y creencias, entre grupo ideológico y comunidad de base humana, entre vida de fe y de fidelidad y simple obediencia, entre descubrimiento de la carencia de ser y mera práctica de la pobreza ascética o mera dedicación a los que padecen la pobreza real, entre deseo de un corazón limpio y mero compromiso de celibato en aras de una aparente disponibilidad para la acción.

Sólo tras esta mirada inquisitiva y comprensiva sobre sí mismo a lo largo de años, su tenacidad a favor de que la llamada apostólica siguiese adelante le abrió a entrever, a partir del recuerdo y de la presencia de M. Portal, la gran paciencia de Dios que obraba en él, como en cada uno, lenta pero insistentemente. En un momento de gran cambio cultural como el nuestro, que es casi de civilización, este sentido espiritual de la tenacidad y de la paciencia, en el que la clave es la relación e incluso comunión con un mayor que va delante, es esencial. Es lo más sólido que puede haber, la roca de una verdadera tradición.

Para terminar este estudio, tan sólo un par de ejercicios de lectura más nos confirmarán que, en los capítulos contiguos a éste que comentamos, operan las mismas perspectivas.

*Unos párrafos de «Haced esto en memoria mía»*

Lo que dice Légaut en unos párrafos de la sección primera de este capítulo veinticuatro (aquellos cuyos epígrafes son «En torno a estos discípulos nacen pequeñas fraternidades cristianas» y



«Conformidad secreta y eficaz de estos hombres con su tiempo») guarda relación, en efecto, con dos párrafos del capítulo anterior, «Haced esto en memoria mía». Si el fragmento del capítulo veinticuatro debe leerse pensando en que Légaut evoca en él, indirectamente, el recuerdo de Portal y de lo que él y sus compañeros continuaron después, el fragmento del capítulo veintitrés refleja, por su parte, la mutación de la llamada apostólica que ya Portal alentó en ellos y que Légaut hizo suya no en los quince años primeros sino tras una prolongada «manducación del pasado» (expresión tomada de su testimonio sobre Portal). Dicha manducación le llevó a poder proponer, con autoridad interior, el no temer en que consiste la fe, es decir, la «maravillosa inseguridad» de no fundar sino de sembrar, semejante a «aquella otra inseguridad de la fe, a la que ninguna creencia puede hacer cierta como un conocimiento»:

«La vitalidad del cristianismo se mide tanto por los múltiples grupos de este tipo que surgen, diversos en extremo, cuanto por la discreción y la rapidez de su desaparición cuando conviene. La Iglesia sólo puede vivir verdaderamente a la altura de su misión renaciendo sin cesar a partir de comunidades que la engendran después de que ellas mismas han nacido de ella; comunidades que después, tras de haberla servido, se eclipsan y desaparecen. *Esta maravillosa inseguridad, constante desafío para las prudencias y la sabiduría política, se asemeja a aquella otra de la fe, a la que ninguna creencia puede hacer cierta como un conocimiento.* Esta sucesión, esta alternancia de nacimientos y de muertes, es la ineluctable consecuencia de la esencia de la Iglesia; son necesarias para asegurar la permanencia de un cristianismo fiel a su origen.

Estas fraternidades son, sin embargo, raras y poco frecuentes, porque los seres ya de por sí poco numerosos que podrían ser su primera piedra tienen ante sí un camino difícil de seguir en el que muchos tropiezan y fracasan. Es preciso que sean fuertes y *sobre todo tenaces* a pesar de sus debilidades, y que se mantengan firmes frente a una sociedad que unas veces los combate y otras los tienta y seduce. *Es muy frecuente que acaben absorbidos o convertidos en sus satélites*

---

(71) CIF, p. 150-151. Otra referencia parecida a la imagen de la piedra o de la roca, pero ya dejando de lado el tema del sacerdocio y de la vida religiosa porque es de 1976, es ésta: «*Para que se forme una isla en medio de un río, hace falta una roca a fin de*

*por las organizaciones religiosas existentes, con frecuencia más sólidamente estructuradas que verdaderamente espirituales, y que son grandes devoradoras de hombres, sobre todo de los mejores. En concreto, con demasiada frecuencia, estos seres confunden, como llamada al estado sacerdotal o monástico, la atracción e irradiación espiritual que experimentan ante los sacerdotes o religiosos que conocen y que lo son de forma original y vigorosa. Esta confusión les lleva así a entrar en unos estados que les impiden llegar a ser los pioneros de los nuevos tiempos que precisamente ellos podrían llegar a ser en la Iglesia. De este modo, el pueblo cristiano se ve privado de gran número de sus miembros más vigorosamente espirituales, que serían de lo más necesarios para que nacieran en su seno este tipo de comunidades» (71).*

Veinticinco años antes de redactar este fragmento, esto es, en 1945, en el párrafo once de la Carta cuarta desde Les Granges, ya Légaut le planteaba al grupo el sentido del discipulado en la vida ordinaria, del seguimiento en la vida familiar, o, dicho de otro modo, que el matrimonio cristiano, distinto del civil, era algo tan serio y tan referido a la vida del cristianismo como entonces lo eran los votos. Los consejos evangélicos y las bienaventuranzas eran, a su modo de ver, caminos que, en definitiva, también las familias conocían a través de una llamada que va más allá del simple deber de estado y de la vida de simple moralidad en los que insiste la doctrina de una iglesia en que domina el esquema clerical, tan afin al objetivo político de una sociedad ordenada y obediente. Como dice Légaut, «en nuestra época de búsqueda», «la familia se esfuerza por encontrar sus propias vías evangélicas»:

«Hasta ahora los consejos evangélicos se dirigían sobre todo a los céli-

---

*que los aluviones puedan aferrarse a ella. No creo que una comunidad pueda nacer y vivir sin la estabilidad y la presencia tenaz de uno o varios elementos de base. Ninguna organización ni estructura puede remplazar o dispensar una presencia permanente y estimulante, sin cesar disponible, y disponible por completo en la medida de lo posible. Por eso doy tanta importancia a la paternidad espiritual y a toda forma de irradiación espiritual estable y discreta...» QR, p. 85-86. Ver también PPC, p. 189 y RPPC, p. 43. Podemos recordar aquí, además, que Légaut creyó fracasar con su grupo, pues era demasiado joven para esa «paternidad espiritual» y esa «irradiación estable y discreta» (Ver, más arriba, la nota 61).*

bes, o al menos a los individuos prescindiendo de su situación familiar. Incluso se intentaron transponer, un poco literalmente sin duda, las reglas monásticas, y se llegó a aconsejar a determinadas parejas el matrimonio blanco. ¿No habría que pensar que una familia, que abandonase su situación social para hacerse campesina u obrera con el fin de renovar este medio [...] por su presencia, descubriría de esta forma para sí un camino evangélico que no lesiona en nada su propia vocación familiar [...]?»

Treinta años después de esta cuarta carta desde Les Granges, en 1974, Légaut escribía:

«Es relativamente fácil concebir una vida totalmente entregada a Dios en el celibato. Es más difícil concebir una vida totalmente entregada a Dios en el matrimonio. Es menos corriente y se comprende. Sin embargo, es necesario porque sólo así la Iglesia estará presente en todas partes en el mundo y cumplirá su misión» <sup>(72)</sup>.

«Ojalá los más jóvenes puedan sucedernos. Sin embargo, ¡qué más da! Lo fundamental no es que las empresas espirituales se perpetúen, sino que nazcan sin cesar. Y yo creo que, en nuestra época en que tantas cosas se hunden, hay también nacimientos verdaderos» <sup>(73)</sup>.

#### *Unos párrafos de «La obra espiritual»*

La fidelidad y la tenacidad no excluyen los cambios, incluso a ciegas, incluso con error, con daño momentáneo a otros. Por la fe, y por razón de ser efecto de un darse a fondo, estos cambios conducen siempre, a la larga, a puerto. Sin engaño uno puede darles sentido al final. Podemos verlo a través de un ejemplo del propio Légaut.

Con ochenta y tres años, Légaut se puso a revisar, como decíamos al comienzo, los últimos capítulos de IIPAC que se iban a ree-

---

<sup>(72)</sup> QR, p. 82.

<sup>(73)</sup> PPC, p. 62.

<sup>(74)</sup> *Crear en la iglesia del futuro*, Sal Terrae, Santander, 1988, p. 182-196.

<sup>(75)</sup> Por ejemplo, encontrará cómo Légaut da cuenta de lo que le dieron que pensar las parroquias sin sacerdote en los pueblos de la región a donde fue a vivir

editar en el “nuevo” libro (CIF), salvo el penúltimo, «La llamada apostólica», y salvo la mitad del anterior, «Haced esto en memoria mía». Dicha revisión fue, por lo general, de meros retoques. La única modificación importante, que detectamos hace años, está en el capítulo final, en «La obra espiritual», y es la que vamos a indicar.

Légaut, al releer y corregir este capítulo, se encontró, en su sección tercera <sup>(74)</sup>, con su narración de 1970, abstracta y discreta a medias, acerca de lo que supusieron para él sus primeros años de Les Granges y su vida escogida de campesino de alta montaña en medio de una región y de unos pueblos que se despoblaban, y a cuyas iglesias ya no acudía el sacerdote. Quien relea esta sección tercera encontrará, en efecto, en ella diversos elementos de aquel período <sup>(75)</sup>.

Sin embargo, Légaut, al revisar este texto, ya no estaba en aquella etapa. Había pasado a otra. El “éxito” de sus libros le había sacado de su retiro campesino, de su entierro en vida en aquellas montañas, que hasta hacía poco le parecía definitivo, y le había devuelto a una vida itinerante, de conferencias, de encuentros con grupos de lectores, etc., que le recordaba su etapa de los años treinta.

¿Qué hace entonces Légaut? Pues añadir unas líneas que muestran su fidelidad a lo esencial pese a los cambios y vueltas que da la vida. Con todo, para apreciar este añadido en su justo valor, antes nos remontaremos y recordaremos brevemente el largo y difícil camino de Légaut hacia la escritura. Aparte de los fragmentos de la carta de 1936 al P. Racine citados antes, en los que hemos podido ver cómo, tras el aprendizaje con Perret, nacía en él esta actividad, hay un fragmento inédito posterior, de 1949 probablemente, en que Légaut

---

(algo que también subyace, sin duda, en el final de su capítulo 24: me refiero a su conclusión de que sería bueno separar la función sacerdotal del carisma apostólico). Y también encontrará cómo Légaut propone la práctica del retiro anual, de por lo menos una semana, esencial, según él, para todo cristiano adulto, y que él retomó hacia los sesenta años, en cuanto se lo permitió la edad de sus hijos, ya mayores, y la presión menor del trabajo (Sobre su idea acerca del retiro anual, ver el comienzo de "La plegaria", en el *Cuaderno* nº 7, p. 71-76).

expresa sus dificultades para escribir en Les Granges, justo en los meses anteriores a comenzar a escribir los primeros textos que luego él integrará en TF:

«Pero no tengo tiempo de escribir [...]. Cuando termino cada jornada de trabajo, estoy cansado, me caigo de sueño. Cuando, después de pasar todo el día fuera, al aire libre, a la intemperie, con frío, en medio de la bruma o bajo la umbría penetrante de las estrechas cañadas de nuestras montañas, regreso junto al calor del hogar, el cuerpo se distiende y permanece quieto allí donde se ha sentado, y son la vista de la llama o dar calor a mis manos las únicas ocupaciones a las que aún me puedo abandonar. ¿Dónde están los tiempos de mis ocios de antaño? ¿Acaso no necesito de ellos, de tiempo libre, de fuerzas intactas, para escribir y pensar? No; para escribir y pensar, para pensar bien y para escribir palabras de vida que se graben en el alma como con un buril ni el tiempo libre ni los ocios son necesarios, y ni tan siquiera son útiles. ¡Cuántas veces, por el contrario, favorecieron el parloteo y la delectación morbosa! Una de las más profundas y pertinaces causas de la degradación humana actual es que los clérigos no son obreros; unos hacen y otros dicen; unos trabajan con sus manos y otros se especializan en la especulación; unos llevan pesadamente el duro fardo de la fatiga humana y otros, sin ignorar las malsanas extenuaciones del espíritu,

---

(<sup>76</sup>) Texto de 1949, citado sin referencia en *De Scott, 1984*, p. 99. Recuérdese que todavía estaba vigente entonces la "experiencia" de los sacerdotes-obreros, que se prohibió en 1952. Por otra parte, el duro juicio de Légaut contra al ocio flojo de los liberados recuerda un problema de siempre. Pese a sus diferencias, lo que dice Légaut recuerda el contraste que formula Plutarco acerca de la condición idónea para la filosofía, que no es la cátedra sino la vida común: «La mayoría imagina que la filosofía consiste en discutir desde lo alto de una cátedra y profesar cursos sobre textos. Pero lo que no llega a comprender esta gente es la filosofía ininterrumpida que vemos ejercer cada día de manera perfectamente igual a sí misma (...). Sócrates no hacía disponer gradas para los auditores, no se sentaba en una cátedra profesoral; no tenía horario fijo para discutir o pasearse con sus discípulos. Pero, a veces, bromeando con ellos o bebiendo o yendo a la guerra o al Ágora con ellos, y, por último, yendo a la prisión y bebiendo el veneno, filosofó. Fue el primero en mostrar que, en todo tiempo y en todo lugar, en todo lo que nos sucede y en todo lo que hacemos, la vida cotidiana es la que da la posibilidad de filosofar» (Plutarco: *Si la política es asunto de los ancianos*, 26, 796, d, citado en Pierre Hadot, *¿Qué es la filosofía clásica?*, Madrid, 1998, p. 51).

(<sup>77</sup>) Texto de 1953, citado sin referencia en *De Scott, 1984*, p. 100.

desconocen que el sudor en el rostro, el sufrimiento en las manos, los riesgos de accidente y las amenazas de la miseria, son las altivas compañeras de un pensamiento auténtico y de una búsqueda verdadera que no sea el eterno machaqueo y la sempiterna cantinela de las proposiciones de moda, ni que sea en tonos diferentes» <sup>(76)</sup>.

Cuatro años más tarde, con sólo cincuenta y tres años, Légaut se pregunta:

«En cuanto a mí, sigo frágil de los nervios y viejo [...] ¿Va a germinar algo de esta soledad en la que estoy hundido, o simplemente es para ejercicio y fecundidad de mi propia fidelidad? Es inmensa la obra religiosa por hacer. Mi destino, ¿es ver de lejos la “tierra prometida” o acaso entrar un poco en ella? Durante las largas horas que paso solo en la montaña, ¿soy un fruto que madura o un hombre que se entierra [...] para una cosecha que harán otros?» <sup>(77)</sup>

Como decíamos, justo entonces empezaba Légaut a escribir de nuevo. Había escrito ya la «Confesión de un intelectual», el «Testimonio del adulto» y el «Testimonio sobre Portal». Algo empezaba a tomar cuerpo poco a poco. Treinta años después –se dice pronto–, con lo fundamental de su obra ya realizado y con un número suficiente de lectores, Légaut, con ochenta y tres años, revisa el texto del capítulo veinticinco que decíamos, al que él, por exigencia de su autenticidad, añade unas líneas que, cuando las descubrimos, recibimos como una nueva lección. Citaremos los tres párrafos anteriores para que se pueda apreciar bien dónde inserta Légaut su modificación, que ponemos en cursiva:

«... Sólo de esta manera, al final, después de demoras siempre considerables, uno puede ser adoptado realmente incluso por los más humildes y los más pobres. Entonces, éstos pueden ser ellos mismos ante él con simplicidad suficiente como para poder compartir con él, sin saberlo, su propia riqueza humana –que ni sospechan– y su propia nobleza –que también ignoran. Entonces, sin forzar las maneras de decir y de comportarse, de una forma natural, sin tener siquiera conciencia de ello, también ellos reciben y crecen en su propia humanidad.

*¡Qué exigente es la perseverancia en esta vía, sobre todo cuando, por fidelidad a la llamada, se ha tenido que abandonar un tipo de vida para el que se estaba más preparado por los propios atavismos, los estudios y el medio espiri-*

tual! Lo que se ha abandonado nutre sin cesar sueños y angustias y pesa en cualquier actividad bajo forma de complejos y de malestares que ningún éxito puede borrar por completo y que, en cambio, los fracasos –que son numerosos–, las fatigas –que con la edad se multiplican–, y a veces las aprensiones ante el futuro y los reproches que suben del pasado, no hacen más que amplificar!

¡Qué difícil es todo esto cuando, por el propio origen familiar y por la propia condición, uno no procede de ambientes en los que se es humilde sin haberlo buscado por virtud, y pobre sin haber hablado nunca de pobreza! Imposible exagerar la importancia de este obstáculo puesto que superarlo es tan difícil –si no imposible– como cambiar de clase social sin convertirse en un desarraigado, tráfuga para unos y extranjero para otros. Este obstáculo limitará por largo tiempo la acción espiritual del discípulo más generoso y fiel. A menudo, a la larga, podrá más que él e insensiblemente lo devolverá, si no a los sentimientos y a las actitudes, sí, al menos, a la forma de vivir de su medio de origen. ¿Cómo podría ser de otro modo, sobre todo cuando las fuerzas decaen y no encuentra uno en sí la resistencia orgánica y la resignación propias de quienes se sienten forjados a lo largo de los siglos, gracias a las vidas durísimas de sus antepasados? *Pero además, esta vuelta a una forma de vida que recuerda la que se tenía antaño, ¿acaso no viene dictada a veces con objeto de que se dé un fruto que, de otro modo, sin haber pasado por otros climas y otros lugares, no hubiera podido concluir su maduración, ni tampoco ser cogido porque hubiese quedado demasiado lejos de las manos que podrían y de hecho tenían que cogerlo? ¡Misterio del propio destino que se despliega más allá de las zonas que pueden ser juzgadas y valoradas! Misterio que no impide poder pensar que la vía que lleva a una vida oculta y enterrada, que es y será ignorada de todos, aunque lo sea de un modo definitivo, es, secretamente, la más fecunda para el futuro, el cual, a través de todas las potencialidades escondidas del presente, acaba por desbordarlo...»* <sup>(78)</sup>

Légaut mantiene la afirmación fundamental de que «una vida oculta y enterrada [...] es, secretamente, la más fecunda para el futuro» pese a haber salido de su granja <sup>(79)</sup>. Pese a su nueva forma de vida, Légaut se sitúa de igual a igual ante sus lectores gracias a esta afirmación. Es la fraternidad que la Introducción de *El hombre en busca de su humanidad* ya afirmaba y que *Llegar a ser uno mismo* volvía a afirmar de otro modo al decir que no hay rangos en la sociedad de los espirituales porque cada uno es

---

<sup>(78)</sup> CIF, p. 187-188.

<sup>(79)</sup> Estamos ya lejos de las dificultades de su confidencia a Martel en 1927 pero la idea es la misma (ver más arriba, la cita correspondiente a la nota 34).

<sup>(80)</sup> Ver, más arriba, en la nota 64, la cita de DS, p. 97. Dicha fraternidad no es

único y nadie es comparable con nadie y la paternidad y filiación espirituales son relaciones que no se fundan en una jerarquía sino en la comunión que él descubrió haber compartido con Monsieur Portal<sup>(80)</sup>. Desde esta percepción y desde lo que él hizo de ella es desde donde Légaut escribió este capítulo veinticuatro de *El cumplimiento humano*.

\* \* \*

### *Apéndice*

Sobre las «secularizaciones» y este capítulo veinticuatro de Légaut (Ver la nota 6)

En este capítulo veinticuatro, Légaut habla, sobre todo, de la crisis y de la falta de vocaciones, mientras que el fenómeno de las secularizaciones tan sólo lo menciona brevemente, al final de la sección IV<sup>a</sup>, cuando alude a «la quiebra de muchas vocaciones». El hecho de que Légaut apenas trate de las secularizaciones en este capítulo probablemente se debe a que Légaut, al escribir ECH, pensaba más en los tiempos de su juventud que en lo que estaba sucediendo cuando él escribía, es decir, a partir del Concilio Vaticano II. No obstante, en otros textos suyos posteriores a éste de 1970, trató por extenso de estas «reducciones al estado laical», de estas «deserciones» o «dimisiones», cuyo número hizo hablar, por entonces, de una «hemorragia clerical», término que implicaba, casi automáticamente, un juicio negativo de un fenómeno que, sin embargo, unos pocos consideraron, en cambio, que podía ser también positivo, como un signo de los tiempos<sup>(81)</sup>.

El juicio de Pablo VI fue, en efecto, negativo cuando, en 1973, declaró

---

una utopía, tal como el P. de Lubac juzgaba la obra de Légaut en una carta que le escribió, sino una percepción, conforme a su vida, de la “escatología realizada”, por emplear términos de los teólogos.

<sup>(81)</sup> Unos años después de que Légaut escribiera ECH, el historiador Jean Delumeau comenzaba su libro *Le christianisme, va-t-il mourir?* (París, 1977) con unas estadísticas «desalentadoras» acerca de la decreciente vigencia del cristianismo en occidente. La primera estadística era acerca de la práctica dominical y de las creencias de los cristianos. La segunda, acerca de la crisis de vocaciones y la hemorragia clerical:



públicamente que los sacerdotes que se secularizaban eran como Judas, modelo trágico de infidelidad al Maestro. El contexto era el posterior a la “*Humanae vitae*”, al freno puesto a la iglesia de Holanda y al Sínodo de 1971, según algunos dominado otra vez por el miedo. Sin embargo, cabía, como decimos, una interpretación abierta, incluso positiva, de aquella hemorragia: un poco como la reacción sana del cuerpo que busca descongestionarse y bajar la tensión excesiva, e igual como las sangrías que se practicaban antaño. De hecho, el exceso clerical, ¿no había provocado una anemia de siglos en la parte laica del cuerpo cristiano al absorber a tanta gente? ¿No podría interpretarse incluso, puestos a emplear comparaciones médicas, que el énfasis en lo clerical, que había sido bueno en el tiempo de Trento y durante el siglo XVII, había supuesto, en los siglos posteriores, un exceso y una hipertrofia que llevaba, poco a poco, a una anemia grave del conjunto?

Légaut, pese a ser discípulo de un discípulo de San Vicente de Paul, gran renovador de los seminarios y de la formación del clero en el siglo XVII, creyó que debía salir al paso, ya muy mediado el siglo XX y como fruto de su propio itinerario, de esta interpretación negativa de las defecciones sacerdotales. En cierto modo, el grupo de los secularizados era una minoría importante reducida a silencio y anatematizada moralmente sin poder defenderse. Lo cual, antes de llevar a un autoexamen colectivo, llevaba, más bien, a mirar hacia otro lado (fuera de alguna reacción de defensa frente a unos pocos de los que se marchaban –una minoría dentro de la minoría– que lo hacían a bombo y platillo, pasándose con todas sus armas al “enemigo”, lo cual parecía no sólo justificar la defensa sino que no se hiciese ningún autoexamen). Légaut, ante dicha hemorragia, más que interpretarla como un efecto más del espíritu materialista, recordó, en cambio, lo precario y discutible que había sido el reclutamiento, la formación y la forma de vida de aquellos cristianos, entre los “mejores”, como también los calificaba el obispo de Orléans, Mgr. Riobé. Légaut habló con esta perspectiva en su artículo «Perseverancia y fidelidad», de 1975 (ver *Cuaderno de la diáspora* 3, p. 32-45) y

---

«La crisis de vocaciones es parcialmente alarmante. Según los censos de Francia, en 1901, 49 varones de más de 25 años sobre 10.000 eran sacerdotes, pastores o rabinos, y sólo 34 en 1968, siendo el descenso de un 57 % en la franja de edad de 25 a 34 años. También en Francia, en 1965, hubo 646 ordenaciones y sólo 170 en 1974. Durante los veinte años próximos se prevé que la cifra se estabilizará en unos 100 cuando, en 1955, era de 850. Francia contaba, en 1967, con 40.994

asimismo en «La espiritualidad», de 1976 (ver *Cuaderno de la diáspora* 12, p. 25-32).

Sin embargo, Légaut debió de pensar que incluir lo que decía en estos artículos en este capítulo veinticuatro requería una revisión detallada del mismo para la que no disponía de tiempo, aparte de que quizá, ya en 1985, el fenómeno de las defecciones le debía de parecer algo que no hacía más que confirmar que el futuro del cristianismo no tenía visos de volver a ir por donde había ido durante siglos (es decir, desde el siglo IV pero no desde el comienzo) a excepción del «reclutamiento» procedente de los grupos de tendencia restauradora, y a excepción, siempre –claro está–, de los raros y felices casos de quienes tienen su vía en los votos porque los hacen siendo ya adultos y los viven tan normalmente y con tanta naturalidad como si no los hubieran hecho, tal como dice el propio Légaut.

¿En qué complementarían estos textos posteriores a este capítulo vein-

---

sacerdotes y con menos de 31.000 en 1975. Evolución acorde con la de Italia [...] y Estados Unidos [...]. A lo que se añade la hemorragia clerical. Sólo durante 1973 la Iglesia perdió 3.000 sacerdotes por fallecimiento o por salidas. Pablo VI, en enero de 1973, en una audiencia semanal, deploró la "infidelidad" de los que hubieran tenido que estar "más comprometidos en una vida cristiana... ejemplar". El Vaticano precisó en esta ocasión que, entre 1964 y 1970, 13.440 sacerdotes habían dejado el ministerio, es decir, a razón de 2.000 por año. Otra estadística del mismo signo: la Compañía de Jesús tenía 2.004 novicios en 1960 y 672 en 1972. Además, durante los años 1967-1972, perdió 5.000 miembros [...]. Se dirá: ¿qué valor conceder a estas contabilidades? Mgr. Riobé no está lejos de pensar que el descalabro en el número de ordenaciones es un bien: "Me pregunto –escribe en 1974– si la disminución del número de sacerdotes no es un camino por el que el Espíritu nos lleva a fin de que reencontremos el sentido de la Iglesia-comunión [...]". Yo también hago la apuesta, acerca del porvenir, en el mismo sentido que el obispo de Orléans [...]» (*Op. cit.* p. 14-16).

Delumeau –como Mgr. Riobé o Légaut u otros– reconoce en su libro una vigencia decreciente, en efecto, del cristianismo, pero precisa: no del cristianismo como tal sino de determinado cristianismo, que podríamos calificar de tridentino. Para completar una visión sobre esos años, sus estadísticas y sus debates, así como sobre el "aislamiento" paulatino de Mgr. Riobé y de su actitud abierta (él que al comienzo era resistente a las innovaciones pero que no tuvo miedo de escuchar y de modificar honestamente sus posiciones, antes de su muerte por accidente), ver: Denis Pelletier, *La crise catholique* (1965-1978), París, 2002, p. 49-59 y 219-229.

ticuatro? En primer lugar, Légaut, en estos textos posteriores, desarrolla algo más, como decimos, la breve defensa pública que, ya en este texto de 1970, hace de los que «se ven así vencidos» y en «quiebra». En segundo lugar, Légaut relaciona también, en estos textos, al igual que en este capítulo, la mayor parte de las defecciones sacerdotales y religiosas con tres causas: el celibato, la falta de auténtica espiritualidad y los efectos del desencanto de la actividad; no, en cambio, con los conflictos, más bien en el plano del conocimiento, surgidos a causa de la obediencia directamente, como cuando en la sección III<sup>a</sup> se refiere a «la guarda de un retiro silencioso» propia de algunos casos aislados (Seguro que Légaut pensaba aquí en Portal, Laberthonnière, Bremond, Loisy, Teilhard y tantos otros cristianos del tiempo de la crisis modernista, y de después, que fueron sancionados dura e injustamente por la jerarquía). En tercer lugar, en estos textos posteriores (así como en otros lugares de su obra), Légaut considera, sobre todo, la falta de una verdadera actitud evangélica en la jerarquía ante tres tipos de personas: las que dejan el sacerdocio o la vida religiosa, las que sucumben al fracaso en el amor humano y en la paternidad y las que dejan el catolicismo de puntillas y silenciosamente. Por último, Légaut asocia las defecciones sacerdotales y religiosas con esta defección de mucha gente que deja la Iglesia por no poder obedecer, sin dañar su humanidad, las normas morales que todavía se mantienen como interpretación indiscutida de algunos de los mandamientos, o por no poder asentir, sin herir su inteligencia, a la doctrina acerca de Dios, del hombre y del mundo, tal como ésta todavía se suele exponer oficialmente <sup>(82)</sup>. Légaut añade que muchas de estas personas viven «la guarda de un retiro silencioso» semejante a la minoría intelectual reducida al silencio durante la crisis modernista.

Este último tipo de defecciones, tal como añade Légaut, son, a veces (como en los años veinte y de nuevo en los años cuarenta, cincuenta o setenta), de los «mejores», que se desencantan de las «organizaciones» y pasan a

---

<sup>(82)</sup> No está tan claro, en este sentido, que el abandono de puntillas de mucha gente sea únicamente efecto del "espíritu del mundo" sobre ellos y no, al menos en parte, efecto del daño a la libertad y a la inteligencia por parte del "espíritu del mundo" que reina con frecuencia en una institución en gran parte mundana como ha sido la Iglesia. En este sentido, ¿quién sería capaz de probar, por ejemplo, que los "siglos medios" estaban menos imbuidos del "espíritu del mundo" que los nuestros por ser –según el tópico– los tiempos "cristianos" por excelencia?

compromisos ideológicos y políticos ya no implícitos sino expresos; que, con la edad y con la complejidad de la vida, ya no encuentran, en estas organizaciones, una forma de religión adecuada a su madurez; que no se conforman ya con volver a asistir a la práctica regular del culto y de los sacramentos, que es lo que les ofrece la Iglesia; y que tampoco encuentran lo que buscan cuando se les propone participar en algún tipo de grupo de base orientado, en parte al menos, a la impugnación y al cambio de las estructuras a la manera de las confrontaciones entre facciones ideológicas en los colectivos sociales y políticos. A estos cristianos oriundos, ¿qué les queda –se pregunta Légaut– si, durante sus etapas anteriores, no se han encontrado ni han trabado una relación personal con un discípulo que les haya transmitido lo esencial que es llevar a la par el conocimiento de sí y del mundo y el conocimiento de Jesús y de “su” Dios?

Légaut, igual como supo ver e indicar, en estos artículos posteriores a IIPAC, el potencial, cara al porvenir, de la fidelidad que podía haber tras las defecciones del sacerdocio o de la vida religiosa, también supo, como decíamos, relacionar «la guarda de un retiro silencioso» por parte de unos pocos antaño, con las vidas de fidelidad, en el plano personal, que se dan –incluso bajo capa de distancia y de indiferencia– en muchas salidas silenciosas y de puntillas de la Iglesia, de quienes, sin embargo, en estos tiempos tan revueltos, no dejan de interrogarse acerca de su vida y su sentido y acerca de en qué va a quedar lo de Jesús y la tradición que él inició <sup>(83)</sup>. ¿A partir de qué experiencia personal pensó Légaut de esta manera? Sin duda a partir de la actitud que vio en M. Portal en toda situación y ante todo tipo de interlocutores, pero también a partir de lo que él fue aprendiendo por sí mismo, tal como se intenta mostrar en este trabajo.

---

<sup>(83)</sup> Este “exilio laico” es semejante al exilio interior de quienes, como M. Portal, incluso dentro del ámbito eclesial, siguen la máxima para tiempos confusos de san Juan de la Cruz cuando era objeto de sospecha, «obrar y callar» –ante quienes no querían escuchar se entiende–, tal como también enseñó al final de su vida Jesús mismo no sin antes haber salido al paso de las situaciones en las que se encontraron algunos pecadores, según las leyes y costumbres de aquellos tiempos, como María Magdalena.